M. FERNÀNDEZ RUANO

Colección de Poesías

PUBLICADAS Á EXPENSAS

DEL

Excelentísimo Ayuntamiento de Còrdoba

PRECEDIDAS DE UN PRÒLOGO DEL

Sr. D. Francisco de B. Pavón

Cronista de la Ciudad

TOMO II

CÓRDOBA
IMPRENTA Y PAPELERÍA DE "LA UNIÓN"
1892

Al Canal de Suez

AL CANAL DE SUEZ

ODA

¡Ciencia! Mágico nombre,
de grandes hechos abundosa fuente,
purpúreo manto que ennoblece al hombre,
trono de gloria inmenso y refulgente:
préstame un rayo de tu luz; inspira
con eterno explendor mi mente oscura;
la viva llama que á Virgilio y Dante
tornara el pecho en ardorosa pira
baje á mi corazón, suene mi lira
y en dulces versos tus prodigios cante.

No el furor de cruelísima pelea,
el hierro, la matanza,
la ardiente sangre que vertida humea,
de la discordia la execrada tea,
el enojo y la hiel de la venganza
serán mi númen, ¡ah!... tu nombre solo
me inflama con su aliento,

y me muestra gigante monumento,
digno del canto y el laurel de Apolo.

En atrevido vuelo
cruza el génio del hombre el ancho espacio:
abarca su mirada
la redondez del mundo; sube al cielo,
del sol visita el fúlgido palacio;
sigue veloz en su eternal carrera;
á los astros brillantes pesa y mide,
cual leves perlas, como granos de oro,
las ricas joyas de la azul esfera,
y su espléndidamente soberana,
que olímpicas grandezas ambiciona,
con la lumbre del éter se engalana
y soles mil ostenta en su corona.

Entra después por singular portento
en la oculta región de su conciencia:
analiza su propio pensamiento,
da formas á su noble inteligencia;
y la razón guiada
por esa clara antorcha refulgente
del trono augusto del Creador bajada,
el fuego templa de su afán vehemente,
que ante sus ojos lo futuro brilla,
y su espíritu boga dulcemente,
cruzando un mar sin fondo y sin orilla.

¿Qué falta al hombre si en su fuerte mano
el flamígero cetro del Tonante
lleva con noble ardor, si el Oceano
gime esclavo á sus piés, si nuevo Atlante

su génio audaz que intrépido sondea
del saber los abismos más profundos,
tiene en sus hombros, inmortal gigante,
el peso enorme de infinitos mundos?

Fáltale sólo difundir su gloria
en torrentes de mágica armonía
y coronar el templo de la Historia
con el rico laurel de la poesía;
fáltale sólo de fragantes flores
con halagüeños lazos
unir á los mortales;
abrir su seno y extender sus brazos,
tornando el ronco estruendo de la guerra
en suaves himnos de placer y amores,
y en un edén la desolada tierra.

En su entusiasmo grita
¡fraternidad! ¡Oh, nombre bello y santo!
No eres tù el númen que incesante agita
á las bárbaras hordas, si pelean,
poniendo al corazón luto y espanto
y en el fiero exterminio se recrean.
No eres tù el grito que en nefanda lucha,
cuando ruedan deshechos los altares,
el triste anciano con dolor escucha
entre el gemido de sus patrios lares.
La paz, la tierna paz brilla en tu escudo,
el purísimo amor que flores vierte;
tú eres el aura que en gentil saludo
besa al lirio del valle, no el sañudo,
ronco huracán, ministro de la muerte.

¡Oh génio de la ciencia soberano!
A las remotas playas extrangeras
donde olvidados de tu nombre viven
mil pueblos en estúpido abandono,
irá tu voz; cual brilladora hueste
irán los rayos de tu luz divina,
cubrir ansiando con purpúrea veste
al hombre, y dar á su grandeza un trono.
Apártanse los montes
para dejarte paso; ven los mares
la bella faz de nuevos horizontes,
y entre rudos magníficos cantares,
rasgando el velo de la opaca bruma,
se confunden, se estrechan y se enlazan,
unen sus bocas entre hirviente espuma
y en fraternal unión raudos se abrazan.

Rico vergel del africano suelo;
misterioso y antiguo santuario
del humano saber; ilustre cuna
del arte, noble Egipto, tú, que escondes
bajo el crespón de un velo funerario
las galas de tu espléndida fortuna;
alza la inmoble pesarosa frente
que lánguida reclinas
sobre lecho de escombros y ruinas;
mira la nueva nacarada aurora
brillar en Occidente
derramando sus flores peregrinas;
tú, que fuistes señora
del mundo de la pura inteligencia,
tú, que encerraste en misterioso arcano
el talismán divino de la ciencia,

sal ya del sueño tenebroso y vano;
mira las obras del ingenio humano.

Coronada la frente de laureles,
el moderno titan, fuerte coloso,
cual dos bravos indómitos corceles,
unce velóz al carro poderoso
de su insigne victoria
dos mares, que al unirse en vivo anhelo
por dar al héroe galardón y gloria,
quieren en montes sublimarle al cielo.

¡Nilo, que corres con jigantes bríos
en carrera triunfal, dios de los ríos,
digno hermano del piélago potente,
que en sonoros purísimos raudales
bajas al suelo, como el rayo ardiente,
desde las altas cumbres celestiales,
en tremenda espumosa catarata
que de invisible fuente se desata:
sediento mar que en ondas voladoras
por los espacios subes
para templar tu ardor allá en las nubes
humilladas por tí: vasto desierto,
que, en ruda pompa y magestad salvaje,
con sudario de arenas has cubierto
ese cielo de llamas, siempre abierto
ante el feróz vaivén de tu oleaje:
aura que en torno de la muerte zumbas
el aliento imitando de la vida:
raza ilustre de génios, escondida
de Tebas en las anchas catacumbas:
alcázares soberbios de la nada,

poderosas pirámides severas
que el polvo leve de la tumba helada
del rojo sol llevais á las esferas:
claras linfas del Ponto arrebatado,
movido á impulso del amor divino,
que por la vara de Moisés tocado,
al pueblo de Israel abrió camino:
excelso monte de grandezas lleno,
en cuya santa cumbre
habló Jehovah, velado en pura lumbre,
entre el raudo fragor del ronco trueno:
arruinada ciúdad de las cien puertas,
edén perdido de dolor y llanto,
tú, que ocultas la fimbria de tu manto
entre el humilde polvo que amontonan
los siglos al pasar, mientras tu nombre,
al compás de su cítara, pregonan
los hijos de la luz, y en noble canto
tu herida frente de laurel coronan:
obeliscos y esfinges colosales,
ejército impotente y numeroso
de titánicos mónstruos funerales,
mirad al nuevo vencedor coloso
hollando con su pié vuestros umbrales!

¡Orgullosa región de los portentos,
en cuyos aires vagos
aún vuelan los acentos
de los augures y mentidos magos
de falsa gloria y de poder sedientos!
Los ricos monumentos
de Osiris y Apis, de Buvaste y Horo,
por tí cubiertos de divinas galas,

son el bello tesoro
do tiñe el génio sus brillantes alas.
Tus extrañas vetustas inscripciones
en negra sombra la verdad no envuelven;
son inciertos fantasmas
que en raudales de luz ya se resuelven.
Tus númenes han vuelto á visitarte;
poderosas legiones
se aprestan con valor á conquistarte,
no con las armas del furioso Marte,
no de Cambises con el fuerte acero,
no con la rabia y el temible brazo
del creyente de Islam, salvaje y fiero.
¡Oh! Plegue á Dios que la fulmínea espada
del ángel de la ciencia,
hendiendo el duro pecho, te despierte
del hondo sueño de la horible muerte.

Y tú también, sagrada Palestina,
tierra de promisión, tierra dichosa,
antiguo foco de la luz divina;
encantada Salem, donde el Cordero
la sangre de sus venas derramaba,
y al universo entero
en tan preciosa púrpura bañaba
con magestad suprema,
partiendo con los hombres su diadema;
torna la mustia faz, mira ese nuevo
prodigio soberano:
el árbol de la Cruz es la palanca
que impele al mundo; el Africa orgullosa,
rota viendo en pedazos su cadena,
huye del Asia; el Lábaro triunfante,

que al rayo vence y á la mar enfrena,
pasa por medio derramando flores;
y los tostados árabes, que al mundo
inundaron en sangre y en horrores,
de su sueño fatídico y profundo
despertando, entre el rápido torrente
de tan puros vivísimos fulgores,
ante el poder de Dios doblan la frente.

II

Docta Grecia, morada de los dioses,
templo del arte y de las gracias nido,
escala del Olimpo refulgente,
cuya corona augusta y explendente
bajo el mármol se oculta del olvido;
celebrada región encantadora
que ilustraron de Aquiles el acero
y los cantos de Píndaro y Homero;
alcázar del Amor y de la Aurora;
encantados jardines de Citeres;
aguas puras, risueñas, cristalinas,
do en mansión de tiernísimos placeres,
entre perlas moraban las ondinas;
donde al bogar, en movimiento blando,
sobre surco de flores y de estrellas
las ondas iba con la luz rizando
de sus miradas bellas
y su aliento de olímpicos aromas
la hermosa Venus, en flotante trono
sostenido por cisnes y palomas;
mitológicas islas florecientes
que, entre el manto del sol, la mar mecía
en sus brazos de linfas trasparentes;
mirad adsorta la vecina playa,

donde, á la voz de celestial conjuro,
se tocan lo pasado y lo futuro;
levantad de ese lecho la cabeza,
que el puro rosicler del nuevo día
ya en vuestros lares á lucir empieza;
prestad al raudo viento la armonía
de las brillantes cítaras de oro,
de vuestras odas la inmortal grandeza,
de vuestras libres artes la belleza,
la pompa y el magnífico tesoro.

Sobre el cerúleo manto de Amfitrite,
rizado al soplo de la brisa incierto,
á ese de amor expléndido convite,
bajo un cielo de nácares cubierto,
los hombres marchan en feliz concierto.
Sus ardientes espíritus levantan
á la eterna mansión de los querubes,
escuchando los himnos que les cantan
con lira inmensa de vibrantes nubes,
el espacio al romper en roncos sones,
los génios de las hórridas tormentas
y los bravos gigantes aquilones.
Al dulce arrullo dal tranquilo viento,
en seductoras naves,
hermanas de la luz y de las aves,
moradoras del líquido elemento,
cruza de polo á polo
el dios de la riqueza, derramando
las arenas doradas que el Pactolo
en su florido lecho va besando;
y en su regia mansión Vasco de Gama
ve marchitos los lauros de su nombre

y halla muda la trompa de su fama;
porque un titán, en orgulloso brío,
el mundo abrevia y engrandece al hombre
dueño de inmensa gloria y poderío.

Disípanse las nieblas,
renace la verdad súbitamente:
en el pintado Oriente,
en la tórrida zona, donde el fuego
vuela del sol en rápido torrente;
en los desiertos míseros del Norte,
do nunca luce sus encantos Flora,
donde trono de nieve y triste corte
de cierzos halla la boreal aurora;
doquier brilla la pura inteligencia
extendiendo su mano protectora,
las expléndidas artes
llevarán su laurel por todas partes;
los guerreros divinos de la ciencia
pasearán sus gloriosos estandartes
pregonando el poder de su victoria,
honor y prez de la futura Historia;
la Santa Cruz del Redentor, potente
pondrá con tierno amor á los humanos
aureola de luz sobre la frente,
dulce oliva de paz entre las manos;
y al domeñar las furias de la guerra,
la bastarda ambición y el torpe anhelo,
será al mundo suavísimo consuelo,
tornando los abrojos de la tierra
en bellas flores del pensil del cielo.

Al Gran Capitán

Al Gran Capitán

ODA (*)

Noble deidad sangrienta,
que al rujir del cañón fiera desciendes
de ese trono inmortal do la tormenta
que gira ronca, rápida, violenta
entre Satán y Dios terrible enciendes;
deja que admire tu explendor sombrío
en el oscuro umbral de tu ígneo templo;
déjame ver tu inmenso poderío;
brille en tu ardiente rayo el númen mio
y ofrezca al hombre provechoso ejemplo.
Dame para cantarte dignamente,
asoladora Guerra prepotente,
truenos por voz y horribles huracanes,
torna mi humilde labio en un torrente;
arda en mi corazón, arda en mi frente,
el fuego que respiran los volcanes!

España, patria bella
en cuyo seno ví del sol la lumbre,
á seguir de tus génios voy la huella,

(*) Premiada con una Caléndula de oro, esmalte y pedrería en los *Juegos florales* celebrados en Córdoba el día 19 de Mayo de 1866.

voy el siglo á cantar en que tu estrella
llegó del cielo á la radiente cumbre.
El cielo soberano
puso en tu escudo el sol de la victoria.
Dios quiso abrir con su potente mano
á tu pueblo el alcázar de la gloria.
De la guerra entre el fiero torbellino
venciendo al mar, al rayo y á los vientos,
vas marchando entre lauros y portentos
hasta cumplir tu espléndido destino,
y levantar el mundo entre tus brazos
á la eterna región pura y serena
do reina la verdad, y en mil pedazos
rota dejar su bárbara cadena.

De triste sueño al mundo aletargado
la noble España despertar hacía,
y Colón por el génio arrebatado
entre mares inmensos sepultado
un mundo á su grandeza prometía.
En la divina llama
de la gloria inmortal también enciende
su osado corazón Vasco de Gama,
y el piélago surcando proceloso
que hinchadas ondas hácia el Sur derrama,
con fuerte brazo el universo estiende.
Esperando la lumbre de su aurora
descansa el gran Cortés, bravo coloso,
que bellas esperanzas atesora,
y en la dulce embriaguéz de vago sueño
se ve de un mundo poderoso dueño.
Granada altiva ostenta
la cruz en sus moriscos alminares,

la cruz que mira de verdad sedienta
oran, y ve venir sobre los mares
como un sol que cabalga en la tormenta
á hundir su templo y sus mezquinos lares.

¡Oh siglo soberano!
¡Oh prodigiosa era!
Jamás la historia del linaje humano
sóbria, justa y severa,
enriqueció con tantas maravillas
sus páginas sencillas.
Jamás la Fama en su atrevido vuelo
de tan preclaros hombres
llevó entre lauros los gloriosos nombres
á la inmortal región del áureo cielo.

Doquiera luz de olímpica belleza
y fragor de titánica grandeza
en el mágico ambiente se percibe,
la humanidad en su fecundo seno
la bendición recibe
del Dios á cuyas plantas
soles y estrellas confundidos flotan.
y con alas de luz puras y santas
divinos génios de la tierra brotan.

Inspirada por Dios España sabe
la rica prez que alcanzará su brío
y en dos mundos no cabe
su explendor y su régio poderío.
Llena de arrojo y de marcial pujanza,
con viva fé y ardor, con brazo fuerte
al porvenir intrépida se lanza

y ata á sus pies el carro de la suerte.
De Italia, ese encantado paraiso,
víctima bella del furor de Marte,
do la mano de Dios derramar quiso
las perlas brillantísimas del arte,
vió la imagen pasar, y en sueños de oro
realizar intentó raro portento,
felíz uniendo en armonioso coro
á través de la guerra y de su espanto,
de los serenos dioses el acento
y de los puros ángeles el canto.

Y plugo á Dios tan grande maravilla
decretar desde el sólio omnipotente,
y á la esfera eternal do el angel brilla
arrebató á Gonzalo en nube ardiente.
Hízole entonces ver un gran destino,
cuyas sombras trocáronse en fulgores;
y sembrando de abrojos un camino
que ante sus pies se cubrirá de flores,
vistió su mente de divinas galas,
templó su espada en la fulmínea lumbre
del rayo abrasador, dióle las alas
que ostenta el génio en la celeste cumbre.
y con su voz que sobrepuja al trueno,
al gigante aquilón y al mar profundo;
«vence, le dijo, de temor ageno,
«que ese rayo es purísimo y fecundo,
«y esta gran tempestad lleva en su seno
«la paz, la gloria y la salud del mundo!»

¡Oh qué tremenda lucha!
Solo el ronco cañón doquier resuena

y en tristísimos ayes le responde
siempre el mortal de angustia el alma llena.
Entre negro crespón su faz esconde
el rojo sol, que iluminar no puede
tanto estrago y horror su luz serena.
El Ponto inmenso tiembla y retrocede
sus movíbles montañas alejando
del golfo de Parténope, y trocando
en arpa de oro sus sonantes olas,
de Gonzalo los triunfos va cantando
y el poder de las armas españolas.

Cual ángel vengador que desde el cielo
desciende al mundo con la diestra armada
de flamígera espada
que por doquier esparce horrible duelo,
así Gonzalo en la batalla ruda
sigue del génio la gloriosa vía:
sabe que Dios con su poder le escuda
y con su mano próvida le guia.
En alas de la fé camina ciego
sin temer nunca de la guerra el fuego,
que en él mira su mágica corona,
y del cañón el hórrido estampido
cual música marcial suena en su oído
que sus triunfos magníficos pregona.
Es el rayo potente que aniquila
sólo al fulgor de su tremenda llama:
es inmenso volcán, lava destila;
catarata es de Dios, fuego derrama.
Es la horrísona tromba que se ostenta
cual columna entre el cielo y el abismo,
y con furia mayor que la tormenta

turba el cielo y el mar á un tiempo mismo.
Es el carro de llamas fragoroso
en que vendrá á la tierra el soberano
del cielo luminoso,
cuando el divino apoyo de su mano
pierdan y en tumbos caígan las estrellas;
cuando á extinguir del sol las luces bellas
bramando suba el férvido Occeano!

Con pavor misterioso retemblaban
de Nápoles las huecas catacumbas,
y los héroes de Roma se admiraban
bajo el hielo y el mármol de sus tumbas.
Doquier que España mira
en el azul espacio,
mil mágicas estrellas aparecen;
doquier que osado gira
su brazo vencedor, brota un palacio;
doquiera que su aliento
divino se respira,
lauros y flores á millares crecen.
De Francia las legiones
al poder sucumbieron de su mano;
sus preciados blasones,
sus bélicos pendones,
veloz arrastra el ráudo Garellano.

Oh Gonzalo inmortal, génio eminente,
que en la plácida luz del cielo bañas
tu noble excelsa frente;
ansiosos de cantarte dignamente,
de celebrar tus ínclitas hazañas,
abrasados de amor los vates piden

luz á la pura y encumbrada esfera
donde sus altos númenes residen.
Sube á ese trono, sube,
que te labró solícita la historia,
y de aromas envuelve en áurea nube
con dulce aliento la brillante gloria.
Tú abriste á España el porvenir risueño
que su inmensa ambición le prometia;
tú realizaste su mejor ensueño
dándola osado un mundo de ármonía,
de explendor, de grandeza y de poesía.
Tu espada fué la mágica centella
que la primera lumbre
llevó de libertad á Italia bella;
tu fuerte brazo, al penetrar en ella,
supo empujar el sol hasta su cumbre.

Italia que antes era,
apesar de sus lazos inmortales,
un reino dividido
de hirviente sangre en piélagos hundido,
á vislumbrar las dichas celestiales
de la sagrada libertad empieza,
y sus antiguas glorias recordando
va con gentil denuedo, restaurando
los timbres de su olímpica grandeza.
Por tí, noble Gonzalo poderoso,
es libre, grande y fuerte:
ya no es su vida interminable muerte:
ya no teme al belígero coloso
que devorar al mundo pretendía:
ya no le causa espanto
su terrible poder, no, que en Lepanto

uniendo á la española bizarría
su sin igual valor, al monstruo fiero
tumba en el mar abrió con fuerte acero.

Descansa en las mansiones
de aroma y luz eterna donde quiso
Dios al justo ofrecer un paraiso.
Jamás el fuego impuro
te abrasó de bastardas ambiciones;
por eso aquí con plectro soberano
los vates dan tu nombre al viento ufano
en levantado son que al cielo llega
y por sus anchas bóvedas retumba:
si á cantarte Sannázaro se niega,
te canta el gran Homero hasta en su tumba;
que realizados mira
en tí los grandes sueños de su mente
el valeroso Aquíles, y el prudente
Rey cuya gloria eternizó su lira.

Córdoba, tú que viste
los primeros fulgores
de este génio inmortal, y le adormiste
como madre felíz llena de amores;
sino en el centro de tus fuertes muros,
en los dominios puros
de tus áuras, tus árboles y flores,
ríndele culto, canta sus victorias,
su explendor y grandeza soberana,
y otros hijos tendrás que iguales glorias,
que iguales triunfos te darán mañana.

A una Joven Religiosa

En el día de su Profesión

A una Joven Religiosa

EN EL DÌA DE SU PROFESIÒN

Joven que en tus tiernos años,
en tu hermosa primavera,
dejas el mundo y sus galas
y en triste claustro te encierras:
vive tranquila y dichosa
en esa ignorada celda,
do tu belleza se oculta
como en su concha la perla:
y aunque el mar de las pasiones
inunde toda la tierra,
tranquila cual un arroyo
resbalará tu existencia
por un delicioso campo
sembrado de flores bellas.

Vive feliz, y en las alas
del céfiro que te besa,
suba al cielo tu perfume,
aromática azucena.

que mucho al Señor agradan
las flores de la inocencia.

No escuches nunca del mundo,
de sus pompas y sus fiestas,
el rumor que vagaroso
viene á turbar la conciencia,
que la voz de los placeres
es la voz de la sirena,
y oculta tras cada rosa
hay una sierpe que acecha.

Duerme feliz bajo el ala
del ángel de la pureza,
que cual escudo divino
de todo mal te defienda;
duerme... duerme... y de la infancia
las ilusiones risueñas
en blanca nube de aromas
tu faz seductora envuelvan.

Duerme, que los sueños guardan
regaladísimo néctar
para quien lleva en la frente
del santo candor la estrella;
duerme, que el amor, la gloria,
esas brillantes quimeras
que nuestra mente acarician,
son llamas, llamas intensas
que de lejos nos deslumbran
y nos abrasan de cerca.

Duerme, sí, que de la vida
en la triste noche horrenda,

el mortal sólo concibe
dichas en tanto que sueña...
Y al despertar te hallarás
en la mansión placentera
de flores inmarcesibles
y de venturas eternas.

En el Album de las Señoritas

D.ª María Teresa y D.ª Asunción Ziriza

En el álbum de las Señoritas

D.ª María Teresa y D.ª Asunción Liriza

Vosotras que sois dechado
de talento y de hermosura,
decidme donde fulgura
la divina inspiración;
ese sol que en vuestra frente
su mágica luz derrama
y en cuya divina llama
arde vuestro corazón.

Mostrad la florida senda
que al templo del Arte os guía.
y de la sacra Poesía
al altar me acercaré,
y allí mi mezquina ofrenda,
entre las galanas flores
de otros nobles trovadores,
confundido dejaré.

Ya que os ofrezco los dones
de mi escaso, pobre ingenio,
quisiera en alas del Génio
arrebatado volar,
y que un hada misteriosa
diése á mi voz y mi canto
la dulzura y el encanto
que sólo puede admirar.

¿Mas quién ante vuestros cuadros
enagenado no siente
la inspiración en su mente
cual súbita llama arder?
¿Quién del génio soberano
al presenciar la victoria
no oye la voz de la Gloria
ni proclama su poder?

Hay otro mundo más bello,
donde reina la armonía,
donde mora la Poesía
con su hechicero fulgor;
y en ese mundo del Arte,
santo Edén de Dios querido,
vosotras habeis cogido
la más peregrina flor.

¡Oh morada deliciosa!
¡Oh mar de eterna bonanza!
En tí vive mi esperanza,
reposa mi porvenir,
y mis dulces ilusiones
tienen su esfera luciente;
tú eres mi luz y mi ambiente,
sin tí no puedo vivir.

¡Oh génio, génio divino
que á los cielos te elevaste
y desde allí derramaste
el fuego de la creación!
¡Quién pudiera una centella
de esa purísima llama
en que tu mente se inflama
tener en el corazón!

¡Quién viviera en ese mundo
que creó tu pensamiento,
y embriagado con tu aliento
en delicioso soñar,
en ese flagrante carro
que labran las ilusiones,
á las celestes mansiones
alzárase á despertar!

¿Quién al mirar de Murillo
una Vírgen seductora
renacer la bella aurora
de su inocencia no vió,
y en éxtasis deleitoso
la región de la belleza,
el Edén de la pureza,
anhelante no buscó?

Los ojos al cielo suben
vagando en plácido giro
y en los lábios un suspiro
bulle y se quiere escapar,
llevándose el alma pura
entre sus alas de fuego

á ese Edèn que el hombre ciego
busca y no sabe encontrar.

Dichosa el alma que vuela
por esa celeste vía
y embriagada de ambrosía
baja al yermo terrenal,
y en sus alas protectoras
mil espíritus llevando
y los astros eclipsando
sube al Olimpo eternal.

Dichosa el alma que bebe
de ese néctar soberano
que le prodiga la mano
del amor y la virtud,
y sin ver nunca marchitas
las flores de su esperanza,
vive en plácida templanza
y en eterna juventud.

Mas ya mi mente cansada
tender no puede su vuelo:
perdonad si en éste cielo
dejo una nube no más,
que los expléndidos rayos
de tantos y tantos soles
sus sombras en arreboles
convertir logren quizás.

Y vosotras que brillais
con la corona de Apeles,
esmaltando sus laureles

vuestra belleza y candor,
aceptad aquesta ofrenda
de mi escaso ingenio fruto,
con que os da pobre tributo
un oscuro trovador.

A LA SEÑORITA

D.ª María del Amparo Jiménez Rivero

Despues de haberla oido cantar

A LA SEÑORITA

Doña María del Amparo Jiménez Rivero

Después de haberla oído cantar

Su cárcel rompa ya mi pensamiento,
remóntese al zénit rasgando nubes
y brote de mi lira dulce acento,
cual del arpa inmortal de los querubes.

Que nuevo númen célico me inflama
y arde la inspiración dentro mi mente,
donde un volcán abrasador derrama
almo fuego en vivísimo torrente.

¿Y quién, oh niña como el alba pura,
la luz hízome ver de nueva aurora?
¿Quién?... Tu divino rostro, tu hermosura,
tus negros ojos y tu voz sonora.

¡Cuán dulce es tu cantar! Yo imaginaba
que el azulado cielo se entreabría
y que el ángel purísimo bajaba
del amor, la belleza y la armonía.

El aura que suspira entre las rosas,
del cielo los conciertos ensayando
en notas vagas, breves, misteriosas,
no tiene son tan peregrino y blando.

Tórtola bella que á su amante llama
jamás lanzó tan delicado arrullo,
ni fuente que entre lirios se derrama
produjo tan suavísimo murmullo.

Jamás el ave que amorosa trina
de noche azul bajo el hermoso manto
ó entre el velo de aurora purpurina
al aura dió tan deleitoso canto.

Ni el dulce son de la celeste lira
que puso á Tebas mágico cimiento
tuvo el encanto que tu voz inspira,
ni poderoso fué como tu acento.

Cantaste y los canoros ruiseñores
suspensos en los aires te admiraron
y del cielo bajando los amores
de amor heridos á tus pies rodaron.

Cantaste y deteniendo su carrera
Bétis, alzó la frente cristalina
y en la más linda flor de su ribera
besó la imagen de tu faz divina.

Cantaste y los flamígeros volcanes
en hogueras de amor se convirtieron:
suspiraron los rudos huracanes
y las rocas también se enternecieron.

La cándida paloma al escucharte
sintióse presa de inefable hechizo.
y el arroyo galán por coronarte
saltó y en leves perlas se deshizo.

La clara luna adelantó su frente
de tersa plata seductora y bella
y en las alas de célico torrente
bajó la blanca matutina estrella.

Perdió la mar su indómita bravura
coronada del iris de esperanza
y el aura que rizándola murmura
promete dichas y eternal bonanza.

La hermosa fugitiva primavera
extasiada detuvo su partida,
mostrándose en el valle y la pradera
de nuevas flores y explendor vestida.

Vénus dejó las cándidas espumas
del ancho mar, su carro y sus palomas:
y perdida del Bétis en las brumas,
entre nubes purísimas de aromas.

Al ver la luz que en tu mirada brilla
y al escuchar tu cánticc sonoro,
dobló humilde la mórbida rodilla
y á tus gracias cedió su poma de oro.

De su flotante alcázar de cristales
Amfitrite salió con las sirenas,
que al escuchar tus ecos celestiales
de envidia todas espiraron llenas.

Tembló la tumba del divino Orfeo,
y el cantor que á las Fúrias conmovía,
el músico inmortal, del Eliseo
vino á beber tu mágica armonía.

Los admirados peces de los mares
hoy maldicen su líquido elemento,
que anhelando gozar de tus cantares
quieren vivir en la región del viento.

La aurora ya desdeña sus colores
y desgarra su manto trasparente:
quiere en tu labio renovar sus flores
y envolverse en los rayos de tu frente.

Del eclipsado sol, pálido y ciego,
huyen los astros con su luz menguada:
quieren girar en círculos de fuego
en torno á tu mejilla nacarada.

Y las flores no esperan de la brisa
del fresco Abril el regalado beso:
buscan para brotar una sonrisa
en tus labios, do hallaron su embeleso.

El Olimpo ante tí perdió su lumbre;
Júpiter te miró sintiendo enojos,
y al rayo que lanzó desde su cumbre
venció el rayo del cielo de tus ojos.

Atravesando siglos con el vuelo
rápido de su génio soberano,
el que halló de los dioses el modelo
escondido en su pecho sobrehumano.

Vino y absorto oyendo tus canciones
olvidó la mansión de las estrellas,
y por dar explendor á sus creaciones
la luz robó de tus miradas bellas.

Tus melodiosos cantos resonaron
en la negra región del llanto eterno
y el odio y la soberbia se apagaron;
sólo reinó la envidia en el infierno.

¡Oh!.. si cien almas en mi ser hubiera,
en ese cielo que armonioso brota
de tu labio gentil, yo las perdiera
una dejando en pos de cada nota.

. . . . . .

¿Mas tu canto cesó? ¿Tu voz canora
al Génio del amor ya no despierta?
¡El claro Bétis gime, el alba llora
de ajadas flores con la faz cubierta!

Pierde sus rayos el divino Apolo,
su aroma el aire, su pureza el cielo
y el triste trovador vive tan sólo
de volverte á escuchar con el anhelo!

En el Album de un Artista

En el Álbum de un Artista

LEVANTADO del genio en las alas
aquí un mundo brillante se ve,
á quien presta natura sus galas,
á quien brindan las artes su edén.

Sobre el ave que tiende su vuelo
del espacio en la bóveda azul,
se presenta tocando en el cielo
con su fruto de amores la cruz.

Y al expléndido, rico paisaje,
que brotando perfumes está,
con gentil, trasparente plumaje,
leve sombra los pájaros dan.

Ya del templo la mágica frente
que en las nubes se pierde feliz,
muestra al hombre la esfera luciente
donde eterno será su existir.

Ya el soberbio raudal poderoso
que al abismo parece correr,

nos recuerda el lugar espantoso
que el malvado ve abrirse á sus pies.

De este libro las páginas bellas
son las hojas de nítida flor,
donde el arte ha dejado sus huellas,
do su aroma por siempre quedó.

Pero con tantos colores
y tantas galas y flores
donde el arte puso el sello,
¿qué nos dice aqueste bello
ramillete de pintores?

¿Perdió su eterno ideal,
perdió el Arte la luz pura
de la región celestial?
¿Vive envuelto en noche oscura
y entre sombra funeral?

En ese azulado velo
que las estrellas esmaltan,
¿busca, perdido el consuelo,
el edén que era su anhelo,
los ángeles que le faltan?

¿Ya no escucha aquel concierto
que extasiado percibía
mirando el cielo entreabierto?
¿Está el Empíreo desierto
y la inmensidad vacía?

Ese alcázar trasparente,
¿es de la dorada luz

un misterioso accidente?
¿Es un mito solamente
ese Hombre-Dios y esa Cruz?...

No, que el Arte, digno hermano
de la Gloria y la Belleza,
que la llevan de la mano,
ve un artista soberano
al ver la naturaleza.

Si una delirante ciencia
cuando busca la verdad
en brazos de la experiencia
nos niega la eternidad
y el cielo y su Providencia.

el Arte con noble anhelo
no supo jamás vivir
retirado de ese cielo,
y aspira siempre á subir
hasta el sol en raudo vuelo.

A SU ALTEZA

El Príncipe de Astúrias

DON ALFONSO DE BORBÒN

A SU ALTEZA

EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS

DON ALFONSO DE BORBÒN

SERENÍSIMO SEÑOR:

Enmedio de la fiebre revolucionaria que nos aniquila, concebí y llevé á efecto el pensamiento de tributar público testimonio de lealtad, adhesión y respeto, así á V. A. como á vuestra augusta madre, mi legítima Soberana.

Si alguna gloria cabe en haber cumplido como bueno, siendo el primer poeta español que levantara con entusiasmo vuestra noble bandera, la reclamo para Córdoba, mi patria, que no puede olvidaros; á mí, señor, me basta haber llenado mi deber como poeta, como súbdito y como caballero.

Sólo deseaba entonces lo que á la sazón deseo: ofreceros los frutos de mi humilde inteligencia, si desabridos de suyo, sazonados en esta ocasión por el sentimiento que los produce y por la benevolencia que sin duda les dispensará V. A.

Si V. A. se digna aceptarlos, será altísima la honra y eterna la gratitud de

MANUEL FERNÁNDEZ RUANO.

Al Príncipe D. Alfonso

ODA (*)

Era soñar?... La pompa y la grandeza
que en la infancia feliz te sonreía,
ocultando del mundo los abrojos:
la mágica armonía;
la encantadora luz de la belleza
reflejada en el cielo de tus ojos;
el blando aroma de la patria mía;
la expléndida fortuna,
que con las galas de su excelso manto
cubrió la regia cuna,
entre acentos de amor y alegre canto;
el mirto, los laureles
derramados doquier sobre tus huellas
por los hijos del Cid, bravos y fieles:
tantas honrosas esperanzas bellas:
el recuerdo inmortal de tantas glorias
en aureas letras para siempre escrito;
el poder conquistado en mil victorias
que al viento lanzan resonante grito;
la clamorosa trompa de la Fama
que los mares y montes atronando
ilustre y digno sucesor te aclama
en el sólio y poder de San Fernando.

(*) Publicada en *El Tiempo* el día 20 de Abril.

¿serán la dulce vibración sonora
que perdida en los céfiros fenece,
el fantasma que huyendo se evapora,
la ilusión que al brotar se desvanece?

Y el largo llanto y tétrica amargura
de la excelsa matrona
viendo rota su regia vestidura
y arrojada en el polvo su corona:
al mirar entre angustias y dolores,
cuando agita su luz nefanda tea,
cómo un edén de peregrinas flores
tornóse en campo de mortal pelea,
donde luchan hermanos contra hermanos
en confusión horrible,
con sangriento puñal entre las manos
y furor en el pecho inextinguible;
al escuchar el pavoroso trueno
del potente cañón que airado estalla,
de fuego y muerte lleno,
y el ronco grito de la plebe acalla:
al contemplar el mísero abandono
en que su patria gime,
sin ley, sin honra, profanando el trono
do ejemplos diera de bondad sublime:
y al ver en la virtud adusto ceño,
si en cadalso su trono se convierte,
¿serán también fantasmas de un ensueño
que enjendraron el Tártaro y la muerte?

Quizá tantos dolores
han de pasar ligeros,
cual vagas nieblas de la noche umbrosa,

disipados sus lúgubres vapores
al dulce aliento de la blanca diosa
que en las pintadas bóvedas de Oriente
abre al sol entre aljófares la puerta;
alza la noble frente,
escogido de Dios, porque despierta
el temible gigante sobrehumano
que el sepulcro de Febo describía,
mientras su cuna expléndida mecía,
midiendo con sus pies el Oceano.
Jamás el sabio en sus felices horas
abre el pecho á la ciega confianza,
ni entregado á desdichas opresoras
deja de ver la luz de la esperanza;
santo númen que el ánimo sostiene
del justo en la aflicción, cuando le muestra
la ventura y la paz que le previene.

En la eternal morada,
do siempre vive de su pompa ufano
con augusta diadema el arte humano;
donde elevó su frente coronada
por la divina luz el Vaticano;
donde César, vencido,
de su púrpura y cetro se despoja,
cayendo á las mansiones del olvido,
mientras el mundo ante los pies se arroja
del Varón por los cielos escogido,
del Verbo con la púrpura vestido;
allí gozoso, por la vez primera,
viste encerrado en tu inocente pecho
todo el poder y gloria de la esfera,
que halló el palacio de la luz estrecho.

El Vicario de Dios entre el aroma
de angélica virtud, que siempre exhalas,
cubrió tu seno con las ricas galas
del cordero inmortal, y la paloma
que eterno vuelo en el Empíreo toma,
dosel divino te prestó en sus alas.

¡Oh momento de gozo inesplicable,
que á la región purísima te eleva,
y es de esperanzas manantial perenne,
de consuelos y amor fuente inefable!
¡Encantadora luz... sombra adorable!
El Dios potente que á los astros guía,
quizás piadoso en el crisol te prueba
y por sendas incógnitas te lleva
al bello alcázar que tu mente ansía.
David, el noble rey, el gran guerrero,
más que Alejandro en su furor triunfante,
¡cuántas veces huyó del golpe fiero
del enemigo acero,
hasta llegar al trono rutilante!
¡Cuán honda y cuán suprema
fué la angustia del grande Constantino
hasta ceñirse la imperial diadema
y el mundo conducir á su destino
bajo el radiante Lábaro divino!
¡Cuántas veces Colón, genio profundo,
en lágrimas acerbas envolvía
los fúlgidos contornos de ese mundo
que en su mente titánica nacía!
El Aguila de Jena,
antes de alzar su vuelo hasta la cumbre
del astro rey, esparce la melena:

¡cuántas veces miró su clara lumbre
y su inmenso, magnífico palacio,
con honda fiebre de delirios llena,
y altiva luego en la región serena
halló estrecho á sus alas el espacio!

El porvenir oscuro
ya se dibuja en velo trasparente,
mostrando de tu gloria el brillo puro.
Mas ¡ay! tu noble corazón en tanto,
que á paso grave y lento
mira llegar el próspero momento,
en triste confusión devora el llanto,
de amargas quejas inundando el viento.
cuando á través del vagaroso giro
de la súbita brisa placentera,
recoges entre aromas mi suspiro,
del Bétis exhalado en la ribera;
cuando en brazos de fúlgida esperanza,
ante el solemne abismo de los mares,
oyes en lontananza
leve rumor de plácidos cantares;
cuando extasiado en la desierta orilla
del cerúleo Titán, ves en el cielo
suspendida la blanca nubecilla,
feliz heraldo de tu noble anhelo,
piensas mirar las torres eminentes
que mil sueños de gloria te inspiraron,
cuyas altas agujas explendentes
la morada de Dios te señalaron;
piensas oir del pueblo que te adora
la voz acongojada,
del que en larga horfandad mísera llora

bajo el yugo feroz de innoble espada;
y el eco clamoroso de sus ayes
penetra en tí, te ciñe, te rodea,
y la sangre que brotan sus heridas
de tu pecho infantil también gotea;
el aura entonces de la muerte zumba.
y la España á tus ojos se aparece
lívido aborto de gloriosa tumba.

Pálido su semblante,
siniestras nubes en la noble frente,
ora la vista airada y centellante,
ora vaga, medrosa, indiferente;
sobre rotos altares, sobre escombros,
trémulo el pie resbala,
y el manto que desciende de sus hombros
sólo el perfume del dolor exhala;
destrenzada la luenga cabellera,
á un fantasma traidor tiende los brazos;
su espada, su broquel y su bandera
ruedan en polvo vil hechas pedazos.

El sol de Covadonga milagroso
despojos tristes de su veste alumbra;
hoy de la Fama el canto poderoso
sólo la imagen de su ayer encumbra.
¡Oh Príncipe, fanal de la esperanza!
Eres la blanca estrella que vislumbra
mi ardiente fantasía;
dejaste el suelo de la patria mía,
y en su rico vergel se marchitaron
los laureles de Otumba y de Pavía;
los nobles restos de Colón temblaron;

sobre la verde alfombra
y el regalado lecho de sultana,
la ciudad de Boabdil miró la sombra
de la sangrienta luna musulmana
frente á su gran basílica cristiana;
las bellas flores que en su manto oscuro
de magestuosa grana,
con sangre de cien víctimas teñido,
el Dos de Mayo funeral ostenta;
mueren al soplo impuro
del soberbio aquilón y la tormenta;
las ondas de Lepanto
mandan sólo suspiros á la Historia;
¡ya no elevan á Dios robusto canto,
ya no rugen con himnos de victoria!

Con lágrimas de fuego
su muerte lloran, y al gemir te llaman
los fieles y esforzados españoles;
oye su amante ruego,
oye la dulce voz con que te aclaman.
Solos, en noche oscura,
por ásperos desiertos caminando,
sin paz y sin ventura,
van sus blasones por doquier pisando.
¿Dó está la aurora rutilante y pura,
dónde el iris de paz y de bonanza,
que benigna la suerte les augura?
¡Oh noble Alfonso, imán de nuestro anhelo!
¿Siempre alzará triunfante
su deforme cabeza
la vil traición, erguida y arrogante,
mancillando de España la nobleza,

y el monstruo del orgullo que gigante
quiere matar diez siglos de grandeza?

¡Ah! tú con fuerte mano
sabrás poner á los abismos freno
y templar el furor del Occeano;
tú llevarás la nave,
hoy vil juguete de borrasca fiera,
en las alas del céfiro suave,
al dulce puerto, á la feliz ribera,
do el tierno halago de la paz le espera;
tù romperás los lazos
que al dócil pueblo sin cesar oprimen,
tendiendo amante los heróicos brazos
á los que en larga servidumbre gimen;
ese monstruo del Tártaro potente
ante tí rendirá su saña impía,
débil doblando la orgullosa frente,
que á la tierra y al cielo desafía;
tù llevarás del invencible Marte
el noble ardor, la lanza triunfadora,
mientras cubre la egida protectora
que Minerva solícita ha de darte
las ricas joyas y el florón del arte;
por tu ilustre bondad y tu denuedo
serás la imagen del valiente Alfonso
que alzó la Cruz en la imperial Toledo;
la llama portentosa;
rayo divino que á inflamar desciende
el corazón inquieto del soldado;
la que brilló en las Navas y el Salado
arde en tu pecho y tu pupila enciende;
digno, sí, del monarca laureado

serás, del genio que con fe constante
el poema en los cielos escribía
de esta nación, coloso ya espirante
que en dos mundos ayer aun no cabía.
Por eso un grito de entusiasmo inmenso,
en ecos sonorosos dilatado,
el puro azul de los espacios hiende:
es la ferviente voz del pueblo amado;
hoy, radiante de júbilo te llama,
cuando sus triunfos con dolor recuerda
y su inmortal renombre;
es un himno de amor que se derrama,
pronunciando tu nombre
á través de las nubes y del viento,
por la vasta región del firmamento.

En el Album de las Señoritas

D.ª Cristina y D.ª María de la Encarnación

Díaz Bolla

En el Album de las Señoritas

D.ª Cristina y D.ª María de la Encarnación

PÍAZ BOLLA

La hermosísima diosa de Chipre
ligera surcaba,
de la mar trasparente las ondas
en carro de nácar.

Y dejándose atrás las regiones
que fueran su patria,
vió brillar, como brilla el Olimpo,
las costas de España.

A sus mansas palomas entonces
la tierra señala
con sus dedos de rosa, exclamando:
«Volad á esas playas.»

Y en el puerto de Málaga bella
después desembarca,
y extasiada de gozo recorre
sus calles y plazas.

Ya el recuerdo no guarda de Troya
la reina del Asia,
y de Esparta y Atenas olvida
los templos y estátuas.

Luego al ver las hermosas doncellas
que con sus miradas
aquel mágico edén iluminan,
atónita exclama:

«En mi bella, flexible cintura,
no moran las gracias
que de aquestas divinas mujeres
jamás se separan.»

Y á los piés de Cristina y María
las flores derrama
que los ricos jardines de Pafos
llenan de fragancia.

Amorosa pretende cubrirlas
de olímpicas galas,
y de mirtos que engendra su aliento
las teje guirnaldas.

A sus cuellos de cisne, los brazos
ebúrneos enlaza,
y esa voz que á los dioses conmueve
«mis hijas» las llama.

. . . . . .

Mas después la gentil Citerea
advierte que en ambas
han impreso su sello indeleble
Minerva y Diana.

Romance

ROMANCE

De humilde lino vestida,
llena de dulces encantos,
cogiendo fragantes flores
por los valles y los prados,
va una joven candorosa
de apenas diez y seis años.

Mirar su rostro en las fuentes
y en los arroyuelos claros;
perseguir las mariposas
y los corderos nevados,
y enlazar á su cabello
las violetas y los nardos,
son siempre sus diversiones
y sus contínuos trabajos.

Un viejo descolorido,
desdeñoso, de aire vano,
que con gran cuidado peina

los tristes restos escasos
de su cabello, y parece
cadáver embalsamado,
esqueleto miserable
envuelto en rico sudario;
viejo que no tiene el noble
carácter de los ancianos.
á la joven se aproxima
y vanidoso mostrando
ricos trajes y aderezos,
la dice:—Lirio del campo,
bien merece tu hermosura
un vestido de brocado.
—¡No me muestres esas galas!—
gritó la niña temblando.
—¿Por qué?
—Porque ya presiento
que han de hacerme mucho daño:
esos diamantes fascinan,
ciegan... No... de tus regalos
nada admito. Si me viesen
vestida con lujo tanto,
los hombres arrancarían
los diamantes de mis manos,
y envidiosas las mujeres
de mi pompa y mi boato,
me negarían el nombre
que aun más que mil vidas amo.
—Tienes razón, ¡oh *Inocencia!*—
una matrona llegando
con prisa, dijo.—Rechaza
esos pérfidos halagos
del *Lujo*: cuida tus flores

y desdeña esos brocados:
pues en verdad, pesan mucho
sobre el cuerpo fresco y blando
de la cándida doncella
moradora de los campos.
Hoy te traerán ilusiones
y mañana desengaños;
y por esas viles joyas,
¡me estremezco al contemplarlo!
perdieras el dulce sueño,
el delicioso descanso,
separada de tus padres,
maldiciendo á tus hermanos.
y quizás no conservaras
ni tu precioso recato!
—¡Cielos!—dijo la doncella
conmovida sollozando.—
¿Quién sois?
—*La Sabiduría.*
y la verdad va en mis lábios.

A la Paz

Á LA PAZ

Deidad bella, que entre aromas,
desde la cumbre del cielo
bajas, en puros fulgores
el cándido rostro envuelto;

Gozoso yo te saludo
de vivo entusiasmo lleno,
que en tus manos la ventura
de nuestra patria contemplo.

Cese del hórrido Marte
para siempre el ronco estruendo,
y el tronar de los cañones
y el lucir de los aceros.

Los héroes cuyas hazañas
hoy admira el universo,
despójense ya tranquilos
de militares arreos.

Que ya la brillante Gloria
en el magnífico templo,
con mármoles y con bronces
eterniza su recuerdo...

¡Salve, deidad! gritan todos,
las auras ensordeciendo,
que ayer los hurras marciales
abrumaban con su peso!

Tu pródiga blanca mano
vierte los dones supremos
con que Dios clemente premia
las virtudes de los buenos.

Bajo su velo de flores
nuestros campos, antes yermos,
mostrarán los ricos frutos
que germinan en su seno.

Y las expléndidas Artes
irán, en alas del génio,
cual Colón entre las olas,
nuevos mundos descubriendo.

¡Salve, deidad que entre aromas
desde la cumbre del cielo
bajas, en puros fulgores
el cándido rostro envuelto!

¡Y salve, monarca ilustre,
si bien joven, tan perfecto,
que sois delicia de sabios
y de valientes modelo!

EL INVIÈRNÒ DE MÀSCARA

El Invierno de Máscara

Como todos en el mundo
huímos de la vejez,
juventud ansiando y goces.
gloria, riqueza y poder,
el invierno también quiere
estar de moda, y á fe
que muy hábilmente finge
ser joven si no lo es.
Miradle. ¿Veis cómo ostenta
la figura de un doncel
alegre y almibarado
que el amor intenta hacer?
Miradle cómo se anima
y cual se divierte. Ved
qué linda cara de pascua,
¡qué color de rosicler!
Cano invierno le decían;
ma yo le contemplo bien
y le encuentro mozo, rubio,
con más frescura en la tez

y más gracia en el semblante
que Apolo de Belveder.
Ya la nieve de sus *canas*
cubrió de rosa y clavel.
¿Dó esta la nieve? Tan sólo
en las mejillas se ve
de alguna mujer hermosa:
mas la logran deshacer
los rayos de su mirada,
brillante sol del Edén.
¿Dó está el frío? Sólo existe
en el corazón cruel
de la vieja solterona,
que en sus verdes años fué
dura, insensible, coqueta;
y á despecho de Luzbel,
su pérfido consejero
y su amigote de ayer,
es hoy triste camarera
de Santa Ana ó Santa Inés.
Por todas estas razones
y otras muchas que yo sé,
investigar me propongo
si nos viene á sorprender
con fingidas mocedades
el *cano invierno* esta vez,
presentándose vestido
como un pollo á la *derniere*,
ó si es filósofo anciano
que logra reverdecer
como el alemán doctor
de que nos hablaba Goetz.

El Camino de la Arrizafa

El Camino de la Arrizafa

Entre Córdoba y la sierra
hay varios bellos caminos
sobre arroyos cristalinos,
que copian de aquesta tierra

La soberana hermosura
y el encanto celestial
en el líquido cristal
de su fresca linfa pura.

Uno por ser el mejor,
ó porque mejor parece,
de nuestro pueblo merece
el más constante favor.

Sombreado de olivares
que ostentan su copa verde,
cruza la vega y se pierde
entre los altos pinares.

Gentil corona del monte,
y parece en lontananza
escala que al cielo alcanza,
limitando el horizonte.

Cuando el sol vierte su lumbre
en el cénit colocado,
con paso precipitado
avanza la muchedumbre,

Llena de gozo infantil,
entre dilatadas huertas,
que están de verdor cubiertas
cual en un perenne Abril.

Y en grupos varios se extiende,
con música y dulce canto,
por este camino, en tanto
que el astro á morir desciende.

Quién, puntea una guitarra
sentado en rústica alfombra
de yerba, sin ver la sombra
cerca pasar de *Mudarra*.

Que entre bailes y canciones
nadie relata consejas
sombrías, ni escucha añejas
tenebrosas tradiciones:

Y enmedio de tanta luz
y de tan vivo placer,
no hay ojos que puedan ver
sombras de negro capuz.

Ginetes vienen y van
por la extensa carretera,
y los coches á carrera
sustos á los niños dan.

Hay bromas y carcajadas
aun en personas formales:
todas las clases sociales
allí están representadas.

De la legión femenina
cada cual allí pasea,
por ver y decir si es *fea*
ó si es *cursi* su vecina.

Pues hay hembras seductoras
que hablando muy dulcemente,
como *el arroyo y la fuente*
suelen ser *murmuradoras*.

Y aunque no es bello este vicio,
la más hermosa mitad
de la noble humanidad
le eligió cual noble oficio.

No es maldecir, ni está bien,
tal costumbre censurar,
pues esto de *murmurar*
lo estoy yo haciendo también.

Y es verdad clara y notoria
que *murmuran* y critican
los hombres que se dedican
á escribir cualquier historia.

Entre el humo del tabaco
hay quien anda con prudencia,
y se inclina en reverencia
al sumo poder de Baco.

Y quien lleno de calor,
sin que el invierno le hiele,
fino incienso quemar suele
en aras del Dios Amor.

Mas... se acabó la alegría.
El sol desciende á su Ocaso.
Vámonos paso entre paso
á Córdoba. Hasta otro día.

EL PAVO Y EL RUISEÑOR

EL PAVO Y EL RUISEÑOR

FÁBULA

Dijo el pavo al ruiseñor
un día de madrugada:
—Feliz tú, que á la alborada
cantas gozoso el amor.

Y en perenne libertad,
bordando el dosel del cielo,
cruzas con rápido vuelo
su brillante inmensidad.—

Al oir estas razones
el ave de dulce canto,
con voz empapada en llanto
exclamó:—¡Son ilusiones!

Aislado y débil nací,
lleno de dolor profundo;

de tí cuida todo el mundo,
mas nadie cuida de mí.

—Hablas con mucha pasión,—
en acentos desiguales
dijo el pavo—que en tus males
hay sólo imaginación.

Tu infortunio lisonjero
blandas quejas te dictó;
pero el mío bien sé yo
que es prosáico y verdadero.

Me cuidan con mano impía
para acibarar mi suerte,
para que luego mi muerte
á todos cause alegría.

A cuchillo destinado
he nacido y siempre estoy.
¡Vivo, tan inútil soy!
¡Y muerto, tan estimado!

La Música y la Poesía

LA MÙSICA Y LA POESÌA

Una mañana, cuando la aurora
vistió el Oriente con su arrebol,
bajar dos hadas los hombres vieron,
como los ángeles bellas las dos.

Del sol los rayos primaverales
bajo la inmensa bóveda azul,
cruzando el aire las envolvían
en blondos velos de hebras de luz.

Dijo una entonces:—Yo soy al aura
que lindas flores hace nacer
de las ideas en la alta cumbre
donde ya el cielo cerca se ve;

Yo doy matices al pensamiento.
vierto raudales de inspiración;
yo soy el alma de la belleza,
que es el reflejo del mismo Dios.

La otra responde:—Yo soy el eco

de las alturas de eterna paz:
mis inspirados sonoros himnos
del cielo vienen y al cielo van.

Yo doy sus leyes á la armonía,
yo doy al ritmo la perfección;
de los sonidos formo una escala
para que el hombre suba hasta Dios.

Yo soy la Música.
—Yo la Poesía.
—Somos hermanas.
—Somos aun más,
pues da la esencia de la belleza
á nuestros seres identidad.

POESÍA

POESÍA

LEÍDA EN EL SOLEMNE ACTO
DE ADJUDICACIÓN DE PREMIOS
Á LOS NIÑOS Y NIÑAS QUE LOS MERECIERON
EN EL CERTAMEN LLEVADO Á CABO
POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
DE CÓRDOBA, EN 6 DE JUNIO DE 1884.

SONETO

Feliz el joven que en su edad primera
esforzado consigue la victoria
del talento divino, cuya gloria
es sol que alumbra en inmortal esfera.

Quizás en brillantísima carrera
dareis nombres ilustres á la Historia.
y venerando fiel vuestra historia
os podrá saludar España entera.

De Minerva, en el templo soberano,
ofreced á esta Diosa el excelente,
propio tributo del ingenio humano;

Conservad sus preceptos en la mente,
y el sabio brote, cual clavel ufano,
del cáliz do se encierra el inocente.

EL POETA

El Poeta

Al que lo es en grado eminente, mi querido amigo.. el Sr. D. Antonio Fernández Grilo.

En áspera soledad
va cruzando por el mundo,
sintiendo anhelo profundo
de gloria y de eternidad.
Al amor, á la amistad,
al noble y santo heroismo
canta en su bello idealismo;
aunque de abrojos cubierto
ve su camino desierto
y al final halla un abismo.

Le da encantos la ilusión,
le da alientos la esperanza,
y en busca del bien se lanza
su atrevida inspiración.
Lleno de ardiente ambición

ve el mundo pobre y pequeño,
pues cifra todo su empeño
en abarcar lo infinito,
y su ser parece un mito
y su vivir es un sueño.

En el hondo padecer
halla visos de ventura,
y con dejos de amargura
gusta el néctar del placer;
con valor logra vencer
de la suerte los rigores;
si los agenos dolores
contempla en llanto deshecho,
las espinas de su pecho
sabe convertir en flores.

Que para el supremo instante
en que el hado cruda guerra
le mueve, su pecho encierra
fortaleza de diamante.
Rendido queda triunfante;
subyuga cuando suspira
por la magia de su lira
y el poder de sus canciones;
¡asombra con sus creaciones!
¡con sus desgracias admira!

Dando culto á la belleza,
la justicia y la verdad,
eleva con magestad
entre lauros su cabeza.
Astro que brillante empieza

á tender su raudo vuelo,
llega á la cumbre del cielo,
roba al sol su luz divina,
el universo ilumina,
cría flores y rompe el hielo.

El hombre vulgar no ve
del génio insigne la alteza:
no comprende su grandeza
y no concibe su fe.
En su ignorancia no cree,
que quien cumple una misión
superior á la razón,
disfruta de un paraíso
que el eterno encerrar quiso
dentro de su corazón.

DICHOSOS Y DESDICHADOS

DICHOSOS Y DESDICHADOS

ESCALA ASCENDENTE

DICHOSOS

Un Enamorado

Sin dinero, sin favor
y en prematura horfandad,
sirvo á un adusto señor;
mas los goces del amor
endulzan mi soledad.

Un Independiente

Nunca halago y nunca ofendo;
ni envidiado ni envidioso,
rico ó sabio ser pretendo,
y me hace vivir dichoso
ver que de nadie dependo.

Un Rico

Mi trabajo individual
y de mis padres la herencia
me han dado un gran capital;
soy persona principal
y hombre de mucha influencia.

Un Héroe

Yo para mandar nací;
trémulo de admiración
se postra el hombre ante mí;
con mi espada y mi ambición
todo el mundo sometí.

Un Génio

Ante mi gloria explendente
la erguida cerviz inclina
el magnate prepotente,
que le encanta y le fascina
el lauro eterno en mi frente.

Un buen Padre

¡Cuán dulce cosa es gozar
de la fama de hombre honrado
y ser el rey de mi hogar,
de mis hijos rodeado
y de una esposa ejemplar!

ESCALA DESCENDENTE

DESDICHADOS

Un Trabajador

¡Qué afanoso el día presente
y qué incierto el de mañana
para aquel que piensa y siente
cuando su sustento gana
con el sudor de su frente!

Un Hospiciano

Tu trabajo á la verdad
es manantial de contento.
fuente de felicidad;
mas yo debo mi sustento
á la oficial caridad.
Desprendido de mí mismo
he dejado de ser hombre;
de la suerte el negro abismo
sembró mi dicha y mi nombre:
ya sólo soy un guarismo.

Un Preso

Mi destino es aun peor,
pues que del génio del mal
híceme vil servidor,
y perdí por criminal
la libertad y el honor.

Un Enfermo

La vida que en tí rebosa
te hace sentir y gozar:
mas yo al borde de la fosa
voy perdiendo aun la preciosa
libertad de respirar.

Un excéptico Moribundo

Yo también sin gloria muero,
y al final de la jornada
no siento, pienso ni quiero,
y es la quietud de la nada
el único bien que espero.

Un Idiota

Yo que inconsciente nací,
marcho y no sé á dónde voy:
no recuerdo lo que fuí,
tampoco sé lo que soy,
y siempre he vivido así.

LAS DOCE DE LA NOCHE

LAS DOCE DE LA NOCHE

POEMA

I

En la fértil y hermosa Andalucía
hay un florido valle entre unas sierras
que cual fuertes pilastras de granito
á sostener la bóveda se elevan
del cielo azul. En la frondosa falda
de estos montes, oculta en la maleza
y circundada de gigantes rocas,
hay una gruta misteriosa y bella
que esconde en sus oscuras soledades
al nùmen popular de la leyenda.
A la entrada, guardando aquel recinto,
se alza tosca una cruz de oscura piedra.
Lejos, como bandada de palomas
en verdes redes y entre flores presas,
cubren, blancas y limpias, la llanura
las pobres casas de mezquina aldea.

II

Cuando la triste silenciosa noche
con soplo helado apaga la lumbrera
solar, en los sencillos aldeanos
hondo terror supersticioso reina,
y nadie sale al campo, ó á lo menos
á la temible gruta no se acerca,
pues se sabe que arrostra el infortunio
el osado mortal que allí penetra.
Sin contar de los siglos ya remotos
las tenebrosas lúgubres consejas
creídas por el vulgo, se refiere
un suceso actual que las renueva.

Pedro, mozo arrogante y envidiado,
feliz amaba á la sencible Elena,
más bella que las brisas de la aurora
cuando entre rosas en Abril despierta.
Cupo después la suerte de soldado
al buen Pedro; con lágrimas y quejas
contra el destino, la doncella linda
le despidió, que su amorosa pena
durante algunos meses fué profunda;
mas ¡hay! cuán pronto el pecho se consuela
de la mujer voluble! Un nuevo novio
la distrajo, y en dulces confidencias
de amor pasaban sin sentir los años.
Vuelve Pedro una noche, ¡noche horrenda!
acababa el reloj de dar las doce;
cantaban la lechuza y la corneja.
Sentados á la entrada de la gruta

los dos amantes conversaban. Ella
ve á Pedro, se extremece, lanza un grito.
El, á la lucha intrépido se apresta.
Riñen con loco ardor, y Pedro triunfa.
¡La dicha es débil! ¡El furor da fuerzas!
A los piés de la cruz, el nuevo amante
vierte la sangre toda de sus venas.

III

Huyó Pedro temiendo á la justicia,
ya sin amor, sin dicha, sin creencias,
y nadie desde entonces ha podido
tener noticias fidedignas, ciertas,
del triste criminal. ¿Por qué con gloria
no murió, cual los bravos en la tierra?
Quedó con el suceso consternada
la humilde gente de la pobre aldea.
Elena, triste, lánguida, afligida,
como luz á quien falta la presencia
del aire, va muriendo á lento paso.
Ya sin brillo sus ojos se concentran,
y parece que miran al abismo,
donde gime entre sombras su conciencia.
De su faz huye la purpúrea rosa,
y el pálido jazmín reinando queda.
Mudos están sus hechiceros lábios,
donde alegres las gracias ya no juegan.
El intenso dolor que silencioso
en sus entrañas sin piedad se alberga,
á un piélago de lágrimas ha puesto
gallardo cierre de coral y perlas.

Todas las noches, cuando dan las doce,
sale con débil planta de la aldea,
fatídicas palabras pronunciando,
y se dirije audaz á la caverna.
—¿Está loca quizás? ¿Acaso es bruja?—
las gentes del lugar dicen al verla.—
¿Es una santa? ¿Arrepentida sufre,
cumpliendo aterradora penitencia,
ó busca á su galán, que oculto vive
en los lóbregos senos de la cueva?
A los piés de la cruz nace una fuente
que, según dicen, lágrimas gotea.
¡Tal vez brota entre histéricos sollozos
del corazón de la infeliz Elena!

IV

Pasó un año del trágico suceso,
y salió como siempre la doncella
á su atrevida expedición. La noche
estaba como su alma, triste y negra.
Montañas de vapores se veían
á la luz del relámpaño siniestra,
cubriendo al mundo con su espesa sombra,
robándole la luz de las estrellas.
Comenzaba á llover. —Detente—gritan
los aldeanos á la osada Elena.—
Vuelve, vuelve á tu hogar. ¿No ves que estalla
la cólera de Dios en la tormenta?
Ella sigue tenaz. A nadie escucha.
El furor de los cielos no la arredra.

La mano poderosa del destino
la impele sin cesar dándola fuerzas.
Dieron las doce. Con violencia horrible
bramó la tempestad. ¡Qué noche aquella!
En ráuda, resonante catarata,
un mar se desplomaba de la esfera,
y en abrazo de llamas estruendoso
bajaba el cielo á unirse con la tierra.
En tanto Elena, indiferente al rayo
y á su propio dolor tan sólo atenta,
de los réprobos sufre las angustias.
¡Fuego febril circula por sus venas,
que mayor tempestad es la que ruge
desgarrando su pecho y su cabeza!

V

Cuando brilló la luz de la alborada,
un aldeano se acercó á la cueva
con profundo terror, y halló á la joven
que á los piés de la cruz estaba muerta.

Un Recuerdo

UN RECUERDO

Vi su tumba; la luna la bañaba
con pálido fulgor;
mústia y fría sobre ella se inclinaba
una amarilla flor.

El aura de la noche, revolando
con dulce languidez,
junto al mármol pasaba murmurando
una oración tal vez.

Aura leve, flor mústia, luna hermosa
que en triste soledad
el sepulcro velais donde reposa
una infeliz beldad:

Génios de luz que de la luz nacísteis,
donde mi alma os ve;
vosotros que en el mundo no perdísteis
virtud, amor y fe;

Vosotros que el piadoso sentimiento
no quereis olvidar,
pues haceis en amante arrobamiento
de una tumba un altar:

Cortesanos sencillos y leales
del llanto y el dolor,
enseñad, si es posible, á los mortales
que aún existe el amor.

Alicia, rosa del radiante Mayo,
nacida en el edén,
la aurora te envió su primer rayo,
sus lágrimas también.

¿Qué se hizieron tu encanto, tu figura
y tu talle gentil?
¡Fuiste sol admirable de hermosura
y hoy eres polvo vil!

¿Dónde está, dí, mujer, el que te amaba
con ardiente pasión,
el que un trono inmortal te consagraba
dentro del corazón?

Busca con ansiedad nuevos placeres,
y en hondo frenesí
finje acendrado amor á otras mujeres;
¡no se acuerda de tí!

¡No se acuerda que al cielo por testigo
puso en su loco afán!
Si se ha olvidado de morir contigo,
sus votos ¿dónde están?

¡Ay! no te amó jamás! Si no te mira
cual fantasma de amor
de la noche en las sombras; si no aspira
tu aliento embriagador;

Si tu divina imagen en sus sueños
no brilla, ángel de paz,
retratando el Empíreo en los risueños
contornos de la faz;

Si no divisa el explendor del cielo
que ya te circundó;
si á través de ese mármol, con anhelo,
la eterna luz no vió;

Si no cschucha de gozo extremecido
tu acento celestial
en el ardiente punza dor latido
del corazón leal;

Si no vives por siempre en su memoria;
si no reinas en él,
es su pecho la losa mortuoria
que se labró un infiel.

Quien no pensó jamás, quien nunca siente,
extraño á la razón,
ceniza funeral lleva en la mente,
tumba en el corazón.

Así en el curso de la humana vida,
girando por doquier,
sus promesas de amor el hombre olvida,
esclavo del placer.

¡Goces mentidos, pérfida ventura,
brillante vanidad!
¡Sólo tú, pavorosa sepultura,
enseñas la verdad!

DOS VIAJEROS

Dos Viajeros

Por las sendas de la vida
van dos hombres caminando,
y llevan sobre sus frentes
cargas que á nadie mostraron;
y aun cuando va cuesta arriba
uno, y otro cuesta abajo,
marcha de prisa el primero,
airoso, alegre, gallardo;
y el segundo, mudo y triste
sigue el camino despacio.
—¿Qué llevais?—pregunta un génio;
y con calor y entusiasmo
—¡Ilusiones y esperanzas!—
exclama el primero ufano;
y el otro, cayendo en tierra,
en llanto acerbo bañado,
dice con débil acento:
—¡Recuerdos y desengaños!

Un Cuento Inverosímil

UN CUENTO INVEROSÍMIL.

Los cabellos de las rubias
dicen que tienen veneno.
(Cantar popular.)

AMABA Luis á la gentil Teodora
con todo el entusiasmo de un poeta,
y llamábala estrella, sol y aurora,
su pasión loca, en alabar discreta.

Si algunos juzgan hoy que es sólo un mito
el amoroso afán, entonces miento;
perdónenme, si gustan, el delito;
á mí me lo contaron, yo os lo cuento.

Teodora, de Luis enamorada,
ostentaba una expléndida belleza,
por los sueños dulcísimos realzada
de un encendido amor en su pureza.

Rubia como los ángeles, cubría
con trenzas de oro la divina frente,

donde Vénus el nácar robaría
de su lijera concha transparente.

—Dame, mi hermoso bien, un solo rizo
de tus cabellos de oro—el fino amante
dijo á la bella su perenne hechizo,
y ella accedió de júbilo radiante.

Dueño ya el joven de la luz del cielo,
darla culto especial fué necesario:
para el rizo era poco un guardapelo;
púsole en un brillante relicario.

Allí entonces vertió de la poesía
con mano liberal los bellos dones,
y al blondo rizo con calor hacía
madrigales, sonetos y canciones;

Y en mágico idealismo prefiriendo
su amada prenda á los humanos bienes,
se agitaba su espíritu fingiendo
riñas, celos, favores y desdenes.

En su pecho feliz, enamorado
destiló la pasión blando veneno;
ante aquel bello rizo perfumado
era el oro de Ofir inmundo cieno;

Ante él rendidamente suspiraba
frenético postrándose de hinojos,
y en vela siempre sin cesar soñaba
con la hermosa deidad luz de sus ojos.

Por los dardos de amor su pecho herido,
dice en los himnos que extasiado entona

que un serafín, del cielo le ha traído
una joya de luz de su corona.

Génio inmortal entonces se imagina.
ciego ante el sol de las miradas bellas
de esa Teodora, su beldad divina,
ángel puro de amor que pisa estrellas.

La fuerza y el valor de Aquiles siente,
y á someter mil mundos con su espada
se dispone, á la vez que hace en su mente
la excelsa apoteosis de su amada.

¡Oh mente humana en tus grandezas loca!
¡Tu destino en el cielo se halla escrito!
¡En cuanto el hombre mira, en cuanto toca.
se empeña en ver la luz de lo infinito!

. . . . . .

Mas ¡ay! murió Luis! Su inmenso anhelo
le preparó la yerta sepultura;
¡quizá el amor arrebatóle al cielo
por no caber aquí tanta ventura.

LAS DOS NOVIAS

LAS DOS NOVIAS

POEMA DE ACTUALIDAD

FRACMENTO

I

¡Oh juventud! aurora apetecida,
edad de las risueñas ilusiones:
¿Por qué tanto aceleras tu partida,
dejando yermo el campo de la vida
y en glacial aridez los corazones?
¡El dulcísimo encanto
que esparces por doquiera,
truécase luego en llanto
y en queja lastimera!
Y si al menos tornaras seductora
cual florida explendente primavera
tras de invierno frío,

cual súbita alborada
tras la noche callada
que puebla de fantasmas el vacío!...
Mas no, que sólo dejas
recuerdos de amargura
cuando por siempre sin piedad te alejas,
y triste, sin ventura,
pierde el alma su esfuerzo generoso,
su mágico poder se debilita,
y helado el corazón antes brioso
ya por sueños de gloria no palpita.

II

Pedro amaba á Dolores,
y ella fiel á su amor correspondía,
y en torno de ambos derramaba flores
el génio celestial de la Poesía.
Era él un joven fino y de talento,
con esmero educado,
que en su noble ardimiento,
alas dando á su rica fantasía,
reformar por completo pretendía
los usos de este mundo malhadado.
¡Vana ilusión de nuestra mente inquieta!
Apenas hay dramático poeta,
ni escritor, si se precia de profundo,
ni periodista osado que no clame
contra el desorden actual del mundo...
Y el mundo en tanto... ¡caso peregrino!
paga bien á sus sábios detractores

con oro, lauros, plácemes y honores;
pero sigue constante su camino,
fijo en sus vicios, firme en sus errores.

III

Era Lola una joven hechicera
de diez y siete Abriles,
que conservaba entera,
en su pureza y perfección primera,
la inocencia y las gracias infantiles.
De sus azules ojos
el trasparente velo,
dejaba ver un alma
hermosa como el cielo,
y en un edén dulcísimo vivía,
porque aquel corazón, raro modelo
de candor y virtudes poderosas,
libre del peso del inmundo barro,
trasportado al Empíreo se sentía
de inmenso amor en fulgurante carro.

El Rosario del Amor.

El Rosario del Amor

Á LA SEÑORITA

D.ª M.ª del Rosario Gonzàlez Molada y Jover

Hay en la vida un rosario
que rezan con vivo ardor
los que sienten del amor
el impulso extraordinario.
—Me agradas.—Te quiero bien.
—Es mi cielo tu semblante.
—Pronto llegará el instante
de nuestras bodas.—Amén.

Y sigue la letanía
sembrada de flores mil,
que inventó siempre en Abril
la dulce galantería.

Este contínuo rezar
apasionado y ardiente
si termina felizmente
en las gradas del altar,
es del Amor la victoria,
que ufano al unir dos almas
exclama batiendo palmas:
¡Gloria, gloria, gloria, gloria!

*
* *

Prendado de tu hermosura
y de tu gracia y encanto,
no dudo que haya algún Santo
de noble y gentil figura
que anhele tu salvación
y por tí constante rece.
¿Es así? Pues bien merece
del cielo la bendición.

Carlos Quinto

CARLOS QUINTO

Poema

CANTO I.

La Gloria

La escena es en Gante

Sobre un corcel, que en su calor estalla
bajo los golpes de la aguda espuela,
cual paladín lanzado á la batalla
rápido un joven cabalgando vuela.

Recorre llanos, atraviesa montes,
sorbe el espacio con afán creciente
y descubre otros nuevos horizontes
y atrás los deja en su delirio ardiente.

Perezosas parecen á su lado
las leves ondas en que vibra el viento,
el rayo de las nubes disparado
y los hilos de luz del firmamento.

Que aguijando al bridón sin tregua sigue
y con mayor atrevimiento avanza,
como el que loco de pasión persigue
el fulgor de una expléndida esperanza.

—¡Ay!... vastos mares, impetuosos ríos,
altos montes—clamó con impaciencia—
¿por qué cansais mis colosales bríos,
aumentando el poder de mi demencia.

Para que logre mi atrevido empeño,
pensamiento inmortal que el cielo escalas,
mago creador, envuélveme en un sueño,
traspórtame en el fuego de tus alas.

Mas... el temor... la oscura incertidumbre,
tormento eterno del linaje humano...
¿Quién sintió más violenta pesadumbre
que el vivísimo amor á un bien lejano?—

Detiénese después; en tierra salta;
de un árbol ata el potro jadeante
y en un banco de céspedes que esmalta
Abril florido se sentó un instante;

Y clavando los ojos en el cielo
medir ansió su espacio cristalino;
osado quizo levantar el velo
que cubre los misterios del destino.

El padre de la luz su carro ardiente
conducía veloz, y de su paso
rojo imitaba el arrebol luciente
un celestial incendio en el Ocaso;

Y á veces en los montes de esmeralda
que las cumbres alzaban á lo lejos,
riquísimos cambiantes de oro y gualda
producían sus nítidos reflejos.

El aura de la tarde susurrando
tal vez finge el pesar, acaso el gozo,
ya de amante feliz el beso blando,
ya del cuitado el lánguido sollozo;

Y en tanto pasan del gentil guerrero
por la conciencia móvil é intranquila
la incierta duda, el razonar severo,
la esperanza... que teme y que vacila;

La inquietud que agitada se presenta,
frágil bajel en ondas bramadoras;
la ambición que le empuja y que le alienta,
la gloria á quien alumbran mil auroras;

Los deseos que nunca satisfechos
tíbios desfilan en letal desmayo,
y el loco ardor de juveniles pechos
que truena hiriendo cual potente rayo.

Pero al ver luego un punto luminoso,
iris de paz cuyo fulgor crecía,
entre el férvido mar tempestuoso
de sus pasiones, con calor decía:

—Sí. Mis anhelos se verán cumplidos,
que me lo anuncia con solemne acento,
entre el vibrante son de mis latidos,
un oculto y leal presentimiento.

¡Un trono, sí! ¡La imagen esplendente
que con sombras de sueño y luz de gloria
ofreció derramar sobre mi frente
el óleo sacro de la eterna Historia!

¡La brillante ilusión cuya belleza
hízome ver el Paraíso abierto!
¡El alcázar de olímpica grandeza
á cuyo umbral con emoción despierto!

Sus divinos contornos y colores
pienso mirar en éxtasis profundo
allá muy lejos, do entre gasa y flores
se inclina el cielo hasta tocar el mundo.

¡Cuántas veces mi ardiente fantasía
acarició su imagen; de amor ciego,
el corazón saltárseme quería
entre hirviente huracán de raudo fuego,

Y en piélagos de lágrimas brotaba
de mis ojos quemando mi mejilla,
y despierto y en sueños deliraba
fijo siempre en mi hermosa pesadilla!

¡Cuántas veces en honda calentura
me halló la noche sin cerrar mis ojos,
y el alba envuelta en manto de luz pura
al pie del lecho me encontró de hinojos

Pidiendo al Sumo Dios que mi martirio
cesara, y aumentando su tormento
al quererme arrancar en mi delirio
como un puñal mi propio pensamiento!

¡Reinar! ¡Ser el poder que al hombre obliga
á hacer el bien, la dignidad primera!
¡Ser como Dios, que premia y que castiga,
porque en el cielo y el abismo impera!

¡Caminar entre aplausos, entre honores,
con cetros y coronas por trofeos!
¡Hollar del oro egregio los fulgores,
logrando en flor los últimos deseos!

¡Ver á la multitud alborozada
que me saluda de entusiasmo loca;
ser feliz al calor de mi mirada,
reñir por un mandato de mi boca!

¡Pasar en placidísima carrera,
con entusiasmo que jamás fenece,
del combate al festín, donde me espera
amor que con mis triunfos se enaltece!

Del parche oir el resonante acento
y el himno atronador de los cañones,
que enciende el alma en belicoso aliento
sin agotar jamás las emociones!

¡Abrir con los destellos de mi espada
ancho camino al arte y á la ciencia;
crear vastos imperios de la nada;
ser en ellos después la Providencia!

¡Llevar á remotísimas regiones
con estruendo marcial leyes y altares;
romper del génio augusto las prisiones,
domar los vientos y regir los mares!

¡Hacer que airado el númen de la guerra
la oliva de la paz muestre en sus manos,
y convertir los pueblos de la tierra
en familia pacífica de hermanos!

¡Respirar el ambiente de la gloria
que el blando soplo del amor perfuma,
que ilumina la luz de la victoria,
este es el sueño que á mi mente abruma

Y esto sólo es vivir; esto es ser hombre,
rayo de sol en cárceles de lodo;
yo sabré conquistar alto renombre
y hacerme rey del universo todo!

Velada el alma bajo formas bellas,
una excelsa deidad mi amor divisa
como el primer fulgor de las estrellas,
como del alba la primer sonrisa,

Como el matiz brillante de las flores
cuando en dulce niñez la primavera,
con músicas, aromas y colores
halagó al hombre por la vez primera.

Allá del cielo en la radiante cumbre
dicta su ley del mundo soberano;
de su veste inmortal brota la lumbre
con que el sol se colora y engalana.

Sus ojos son los mágicos luceros
que ánsia inspiran de lauros y conquistas,
que dan fecundo ardor á los guerreros
y matizada luz á los artistas.

A sus piés los imperios nacen, crecen;
hasta el cielo atrevidos se levantan,
y empujados por otros desparecen
ó se chocan, confunden y quebrantan,

Cual las olas de un mar. ¡Oh sacra diva,
tu grandeza y tu amor serán mi escudo;
deja que sólo en tu presencia viva;
yo postrado á tus plantas te saludo.

Tú me muestras á España, mi tesoro,
cuyos ríos de flores guarnecidos
esmaltan su cristal con granos de oro
y con sangre de héroes van teñidos.

A Italia hermosa, del Edén compendio,
imagen del abismo y sus horrores,
do al siniestro lucir de horrible incendio
miro al Arte en su trono de esplendores.

Ellas serán las alas rutilantes
que me tornen en águila potente,
las fortísimas puertas de diamantes
que han de habrirme el imperio de Occidente.

Seré mayor que César y Trajano,
pues me dicen oráculos profundos
que jamás existió poder humano
cual mi soñado reino de dos mundos.

Eso sólo es vivir, eso es ser hombre.
Yo romperé mis cárceles de lodo;
yo sabré conquistar alto renombre
y hacerme rey del universo todo.

CANTO II.

POSEÍDO DE LA AMBICIÓN

La escena es en Madrid, después de la paz de Cambray.

Bajo un artesonado, rico techo,
descansaba en el lecho
Carlos, el nuevo César, un instante
hurtando á sus gravísimos cuidados
para dar á los miembros fatigados
el reposo que anhelan
y alejar de su mente
las sombras que le turban y desvelan.
Ya el sueño le prodiga
el suave aroma que amoroso exhala,
y á reclinar le obliga
con languidez exenta de fatiga
la frente donde plácido resbala,
y con visiones de oro le regala.

Mas de pronto á sus ojos se presenta,
de un crepúsculo débil precedida,
una mujer que en su mejilla ostenta
cálida luz de exuberante vida.
De sus pupilas el ardor sofoca
como si fuesen soles en verano;
llamas despide su entreabierta boca,
febril agitación hierve en su mano.

Con rapidez levanta la cabeza,
ahuyentando del sueño los vapores,
el gran monarca, que á sentir empieza
de un fuego sobrehumano los ardores.
Oye el clamor del huracán tonante
que su cerebro y corazón conmueve,
y su génio despiértase gigante
como volcán brotando entre la nieve.

—¡Así entregado á femenil reposo—
exclamó la mujer—está el caudillo,
el ilustre monarca victorioso
que con el almo brillo
de su fulmínea espada,
venciendo mares y allanando montes
pretende abrir inmensos horizontes
á la moderna sociedad! ¡Borrada
por torpe sueño, por molicie impura,
esa noble ambición que en firme vuelo
eternizó su soberana alteza
al grabar en un cielo y otro cielo
con rayos de dos soles tu grandeza!

—En el rústico nido—
respondió Carlos—duerme dulcemente

el ave; el pez con suavidad mecido
por la mansa corriente
duerme en su alcázar de cristal luciente;
el hombre que contempla
su hermoso bien perdido,
dando alivio á la angustia de su pecho
halla en la triste soledad del lecho
el delicioso encanto del olvido;
hasta el sol que despierta con el día
ocúltase y reposa;
cede á la noche fría
su imperio, y sólo á ratos nos envía
sus raudales de luz explendorosa.
¿No es lícito el descanso?
—Para el ave
y el pez que viven en perenne sueño,—
repuso la mujer en tono grave—
no para el gran monarca que en su empeño
de la tierra y los mares se hizo dueño.
Jamás descansa el génio soberano
que con la fuerza de invisible mano
el corazón calienta y vivifica,
ni el oculto motor del Occeano
cuya acción misteriosa nadie explica.
Jamás descansa el númen prepotente
el principio sin nombre
de toda dicha y bien fecundo agente
que en las movibles ondas del ambiente
pone la vida y la salud del hombre.
Jamás ha descansado
ni puede descansar el increado
espíritu de amor que une y combina
los átomos, que al mundo da cimiento,

que la celeste bóveda ilumina
y hace girar con precisión divina
á los astros en sabio movimiento.
Jamás halla reposo
la humana inteligencia,
el fuego portentoso,
invisible sostén de la existencia;
el alma, llama en lámpara de hielo
que al universo alumbra,
y si el cuerpo se rinde ella se encumbra
y pesa y mide la región del cielo:
y desplegando sus divinas alas
mientras la vil materia yace inerte,
hace de ellas magníficas escalas
para subir á engélicas mansiones
y en su luz encontrar inspiraciones.

El reposo y el sueño, de la muerte
prólogo son; cuando en innoble calma
persiste el cuerpo, desmayado, inerte,
y en abismos de sombras se hunde el alma:
cuando se extingue la inefable lumbre
de la excelsa razón que de Dios viene,
y el hombre, descendiendo de la cumbre
de su elevado ser, ya ni vislumbre
de su conciencia oscurecida tiene;
cuando errante en confuso laberinto
de seres y de ideas, se detiene,
torpe, imbécil, sin luz y sin instinto,
á la quietud de su letargo suave
¿no prefiriera horrible calentura
á ser discreto pensador y grave?

Sí, que el sueño es la misteriosa llave
de la estrecha y helada sepultura.
¡Reposar es no ser! ¡Oh!.. si cesara
la sangre activa que tu sueño vela
de circular, si el corazón ardiente
que es de tu vida fuente,
incansable, perpétuo centinela,
entre el ser y las sombras de la nada
de moverse dejase un solo día,
sólo una hora, ¡oh Carlos! hallaría
tu grandeza imperial nunca igualada
en la honda tumba fúnebre morada.
Vuela; no te detengas, ni un instante
calmarse debe tu indomable brío.
—¿No lidié, no vencí, no es aun bastante
á mi ambición? ¿Con ánimo arrogante
no puedo yo exclamar ¡El mundo es mio!—
dijo el monarca.
La mujer entonces,
dando impulso á su cólera violenta,
gritó:—¡Perezca tu ambición mezquina,
que sólo con un mundo se contenta!
La perfecta ambición jamás se extingue;
su mano al cielo y al abismo alcanza,
mientras un *más allá* claro distingue,
loca en pos de él intrépida se lanza.

—¿Y mi esposa, y mis hijos? ¡Oh tirano
destino! Su plegaria lastimera
escucho, que me llaman, aunque en vano.
—De un monarca en el pecho sobrehumano
es más sublime la pasión que impera,
¡el amor de los hijos y la esposa!...

Biblioteca de Andalucía Granada

¡Solaz perpétuo de ánimos vulgares
que arrastrando cadena ignominiosa
cual esclavos habitan sus hogares!
Hija tuya soy yo; tus pensamientos
me engedraron; propicia la fortuna
me dió nobles alientos;
tu pecho, en sus febriles movimientos,
á mi niñez prestó soberbia cuna.
Hija tuya y esposa soberana,
me profesaste amor y fuiste mio.
¿Hoy me olvidas? Pues bien. Verás mañana
trocado en polvo vil tu poderío.
—¡Imposible!
—Sin mí, de tus rivales
presa serás. Prosigue en tu carrera.
—¿Aun más sangre?
—Es preciso. Cuanto vales,
cuanto poder fulgura en tu bandera,
¿no se compró con sangre?
—De mis fieles
pueblos quiero el reposo.
—Si te falta
el brillo de tus bélicos laureles,
si el férvido entusiasmo que hoy exalta
á tus nobles vasallos y guerreros
se debilita, ¡oh Carlos! no lo extrañes,
el rayo abrasador de sus aceros
contra tí volverán. No más empañes
con pueriles escrúpulos tu gloria,
no aniquiles el sol de tu victoria.

—¡El estrago y la muerte donde quiera!
Bellas flores jamás; tan sólo espinas

pude hallar en mi rápida carrera.
El áureo trono que en mis sueños viera
es un montón de escombros y ruinas.
Sobre él, la espada sin cesar desnuda,
á un mundo desolado dicto leyes;
la tempestad eterna me saluda,
mintiendo aplausos con su voz sañuda,
y me ven con terror pueblos y reyes.
Francia agoniza; Italia infortunada,
viendo cercano el fin de su existencia,
con entusiasmo generoso evoca
sus recuerdos de ayer; Milán, Plasencia,
lagos de sangre son; corre el Tesino
de purpúra vestido, y ve sembrado
de tristes ayes su triunfal camino;
Flandes sucumbe; España moribunda
por tierra y mar ostenta su bandera:
es ya sólo un cadáver, pero vence,
como el valiente Cid á quien venera.
¡Baste ya! ¿No es mejor abrir los brazos,
siempre de acero fúlgido cubiertos,
unir los hombres con amantes lazos,
convertir en pensiles los desiertos,
declarar á la ciencia soberana
entre lauros y mirtos y fulgores
y que al arte, su esposo, brinde ufana
cetro de paz bajo dosel de flores?

—No te asombren las iras de la guerra,—
exclamó la mujer—ni el ver trocada
en mar de sangre la afligida tierra.
El águila de rayos coronada
hiende los aires y jamás se asusta;

fuego de tempestad hierve en su seno,
y el hórrido fragor del raudo trueno
proclama fiel su dignidad augusta.
Tu imagen es. El génio belicoso
siente noble fruición en el combate;
de la gloria inmortal el rostro hermoso
ve lucir entre el fuego, y no se abate,
que con heróico ardor su pecho late.
Oro y poder sobre tu trono vean
los hombres por tu esfuerzo sometidos:
deja á los necios que piadosos sean;
el sentirse envidiados y temidos
es placer que aun los dioses saborean.
¿Qué importa al mundo si el veloz torrente
bajo montañas líquidas sepulta
el fértil llano, el pueblo floreciente
que dobla mústia de dolor la frente?...
Entre esas ondas férvidas se oculta
tras la abundancia el gozo de mañana,
cual viven entre el llanto los amores.
Con el riego de sangre brotan flores
de indecible belleza soberana.
En su trono de estériles ruinas
recibe el génio admiración y honores:
allí se ve inundado en los fulgores
de las moradas del edén divinas.

—¿Y qué quieres de mí?

—Que enamorado,
no me apartes, ¡oh Carlos! ni un momento
del corazón; que activo y agitado
des en mis brazos tu postrer aliento.
Quiero brillar en todas tus ideas;

ser el númen constante que te guíe;
que despierto y dormido tú me veas,
astro que en las vigilias te sonríe
ó te manda los sueños que deseas.
Quiero darte deleites y dolores,
imperar en tu pecho y en tu mente.
La deidad he de ser á quien adores,
á quien ofrezcas culto reverente.
Tus vasallos, tus hijos y tu esposa
cual las estrellas ante el rey del día
desvanezcanse al punto. ¡No tolero
otra luz en mis ojos que la mía!
Grande eres, sí, pero mayor te quiero.

Entonces amorosos se miraron
y con profundo anhelo se abrazaron.

—¡Grande seré!—de gozo extremecido—
Carlos gritó—que en arrogante vuelo
sabré arrancar su autoridad al cielo,
y de su luz espléndida vestido
y armado de su fuego prepotente,
¿quién habrá que orgulloso y atrevido
no doble en mi presencia la alta frente?
¡Truene el cañón! Su horrísono estampido
entre aplausos y vítores me aclama.
Los fervorosos himnos de la fama
pudieron sólo deleitar mi oído.
Cubrirá la justicia con su escudo
los desastres y horrores de la guerra,
y ser podré lo que ninguno pudo,
no ya un rey, sino un dios sobre la tierra
Siempre triunfante, en alas de la gloria.

oiré á los vientos y á los anchos mares
en su divino idioma los cantares
repetir, que eternicen mi memoria.
¡Nobles lauros de Roma y de Pavía,
reverdeced! La ciencia, la poesía
y el arte, en maravillas tan fecundos,
recorrerán la luminosa vía
que trazo con mi espada en ambos mundos.

CANTO III.

Enamorado de la muerte

La escena es en Yuste

En la estrecha región de un monasterio
la obra fatal de su soberbia llora
el que á dos mundos extendió su imperio,
dos mundos de que España era señora:
el que viviendo en triste cautiverio,
presa de la ambición dominadora,
fué esclavo cuando rey omnipotente
y libre cuando humilde penitente.

Allí encuentra descanso, y allí empieza
á ver el mundo sin que el bello prisma

de la ilusión le engañe; su grandeza
allí se oculta huyendo de sí misma;
allí ostentando varonil alteza
en honda reflexión su alma se abisma
y tras de largos años de amargura
ve la aurora lucir de la ventura.

¡Qué quietud y qué plácido sosiego
reinan en los humanos corazones
cuando después del torbellino ciego
que rugiendo levantan las pasiones,
trocado en humo su ardoroso fuego
y en auras de placer los aquilones,
cansado el pecho de anhelar, reposa
en soledad tranquila y deleitosa!

Gratas memorias de la edad pasada
pálido brillo dan á lo presente,
cual fingen melancólica alborada
los tibios arreboles de Occidente.
El alma en el reposo regalada
da libre espacio al vuelo de la mente,
que la ofrece la imagen de otros días
de azares, de esperanzas, de alegrías.

Como el débil enfermo que en sus horas
de soporosa y lánguida dulzura
recuerda con terror las brilladoras
visiones de su ardiente calentura,
y desoye las voces tentadoras
que le ofrecen delicias y ternura,
tras de las cuales hondo paroxismo
puede abrir á sus pies el negro abismo;

Carlos, el génio que en brillante vuelo
los timbres alcanzó de la victoria;
que satisfizo en fervoroso anhelo
sus sueños de ambición, su afán de gloria;
que arrancó su poder al mismo cielo,
dejando absorto al nùmen de la Historia,
vió pasar á sus pies la sombra vana,
el humo vil de la grandeza humana.

Y en su celda pacífica y austera,
entre suspiros de aflicción profundos,
puso bajo una rota calavera
el áureo cetro que rigió dos mundos.
La noble voz de la verdad severa,
dando á sus pensamientos errabundos
segura dirección, les marca el puerto
de eterna luz á la virtud abierto.

. . . . . .

Era á fin de Noviembre. El aura fría
del Otoño, que lánguida soplaba,
nubes de funeral melancolía
al fondo del espíritu llevaba.
Con lágrimas el sol se despedía,
y el húmedo celaje le lloraba
pálido al verle y de tristeza lleno,
extinto ya el calor en su ancho seno.

En pos del corvo arado van cantando
con penetrante voz los labradores,
los amarillos granos derramando
que engendran al morir fruto de amores:
los árboles se agitan suspirando,
que temen del invierno á los rigores,

y entre mortales íntimas congojas
lentos sacuden sus marchitas hojas.

Por la enrejada y tétrica ventana
de la modesta celda donde habita
mústio el monje imperial, de oro y de grana
vivo un rayo de luz se precipita,
reflejando en la frente soberana
que ante una cruz extática medita,
y á la vez canta un pájaro inocente
la excelsa magestad del sol Poniente.

Aquel pájaro, humilde y fiel amigo,
anuncia á Carlos la naciente aurora;
ahuyenta de su celda al enemigo
tenaz remordimiento que devora
su corazón; de su pesar testigo
le ve llorando y en sus trinos llora;
y le augura, del mundo en la mudanza,
dulces horas de paz y de bonanza.

¡Oh! ¡Cuántas veces el sonoro acento
de aquel ave que al cielo bendecía,
la amarga queja, el rudo juramento
en que Carlos á solas prorrumpía,
veloz detuvo y convirtió el lamento
en sonrisa de cándida alegría!
¡Cuántas veces, venciendo á la distancia,
goces le trajo de la tierna infancia!

Cubrióse al punto de lozanas flores
el corazón del regio penitente;
de la bella ilusión los resplandores
volvieron á brillar sobre su frente;

recordó sus brevísimos amores,
que espantados huyeron tristemente
al rugir de la guerra rencorosa,
sus caros hijos, su perdida esposa.

Aquel ave tal vez enamorada,
y madre acaso, por la vez primera,
hizo al rey abarcar de una mirada
el cuadro inmenso de su vida entera.
Pasar miró su juventud dorada
entre fúlgidas nubes, tan ligera,
como el veloz divino pensamiento
que mundos mil recorre en un momento.

Dibujóse el placer en su semblante,
y de un grato delirio arrebatado
vivió feliz, con júbilo incesante,
en la hermosa región de lo pasado;
sintióse joven y encontró delante
un porvenir de flores matizado;
la fortuna otra vez le sonreía
y otros goces más puros le ofrecía.

Mas ¡ay! de pronto el formidable trueno
de la inflamada pólvora retumba;
por vez primera Carlos en su seno
siente pavor; en sus entrañas zumba
aquel ronco huracán de fúria lleno
que á su postrera dicha abre la tumba,
que el último consuelo le arrebata,
que le arranca la vida y no le mata.

Envuelta en humo el ave encantadora
que profunda pasión al monje inspira,

gotas de sangre por su herida llora;
quiere un adios cantar... y torpe gira.
Sorprendióle en su amor muerte traidora,
y el himno bello en su garganta espira
dedicado á la gloria del guerrero
que cambió por la cruz el noble acero.

Cual de un volcán en erupción creciente
la desprendida lava hirviendo flota
y rauda inunda el seno de la fuente
que envuelta en lirios en el valle brota,
dejando en vez de linfa trasparente
líquido fuego que jamás se agota,
así Carlos con ímpetu violento
trueca en cólera el dulce sentimiento.

Su alma parece solitaria nave
por encontrados vientos combatida;
ser Dios quisiera para dar á el ave
que fué su bello encanto nueva vida;
quiere vengar su muerte, mas no sabe
cómo ni en quién, y su razón perdida
tras densas nubes que la luz la ocultan,
halla sólo recuerdos que la insultan.

Las lágrimas, la sangre, los horrores
que su largo reinado ennegrecieron;
los ayes de dolor desgarradores
que al tronar del cañón respuesta dieron;
las madres que la luz de sus amores
en sombra eterna convertida vieron;
todo Carlos lo mira, y en su mente
por singular prodigio está presente.

— Yo fuí—exclama—el génio de la guerra:
el alcázar brillante de mi gloria
fundé sobre ruinas, y á la tierra
con el peso abrumé de mi victoria.
Esta piedad que el corazón encierra
es mi cruel verdugo: mi memoria
hace caer la sangre que he vertido
en mi pecho cual plomo derretido!!!

. . . . . .

El suave sentimiento un solo instante
pudo tener entrada en su alma fuerte,
y con golpe mortal le hirió triunfante
al verle débil la enemiga suerte.
Desde entonces el pálido semblante
y la opaca mirada de la muerte
prometiéronle fúnebre ternura,
y fué su nuevo altar la sepultura.

Á D. Pedro Calderón

A D. PEDRO CALDERÓN

ROMANCE

Rey de todos los poetas
que ilustraron con sus obras
el nunca desierto templo
de nuestra escena española,

Calderón, ingenio insigne
que en plácida paz reposas,
la gloria de Dios gozando,
más que la profana gloria:

Si de la mansión luciente
do quizás ciñes corona
más bella que las diademas
que á los príncipes adornan

Descender puedes un punto
á la región de la sombra

donde el aplauso te llama
con rica y egregia pompa,

No vendrás lleno de orgullo
en la frente vencedora
á ostentar nuevos laureles
que eternicen tu memoria.

Lleno de divina ciencia,
entre mil nubes de aromas,
ángel puro desprendido
de las cumbres luminosas

Donde la verdad sin velo
y la belleza sin formas
contemplan las almas justas
que la paz del cielo gozan,

Tal vez llegues á decirnos
palabras consoladoras
que á los ímpetus violentos
de la soberbia se opongan

Lo fugaz de nuestra vida
que hermosas quimeras forja
y al soplo de la fortuna
huyen luego y se evaporan;

La pequeñez de los hombres
que engañaron á la historia
con efímeras grandezas
que abultan viles lisonjas.

En sublimes enseñanzas
hacer quieres que conozcan

los que se agitan en busca
de apariencias ilusorias.

Todo es cual aire ligero
que fúlgida luz colora,
bello para quien le mira,
vano para quien le toca.

Perseguidor de la dicha,
incansable el hombre boga,
y amargos piélagos surca
cortando encrespadas olas;

Mas en lugar de las islas
encantadas do ambicionan
su planta fijar, encuentra
leves nubes que el sol dora.

La vida es sueño liviano,
y á veces la mente absorta,
ante las desgracias ríe,
ante las venturas llora.

Mas ya tú lo consignastes
en las inmortales obras
que ufana España conserva
como inestimables joyas.

A UN ANTICUARIO

Á UN ANTICUARIO

CON MOTIVO DE SU CASAMIENTO

Venturosos desposados
que en la región de Himeneo
vivís hoy encadenados,
perdonad estos osados
alardes de amor pimpleo.

Mi epitalamio os dedico:
yo de talento tan pobre
como de ilusiones rico,
en mis versos, que son *cobre*,
mi amistad, que es *oro*, explico.

Mas ¡oh querido Javier!
¿cómo, pues, en tu *afición*
á los recuerdos de *ayer*
pudo una joven tener
sobre tí jurisdicción?

¿Tú adoras la juventud?
Tú, tan célebre *anticuario*,

¿amas con dulce inquietud
sin buscar ya el *ataud*
de Sila, Iugurta ó Mario?

¿Una joven te interesa
y en su hechizo celestial
hoy tienes el alma presa?
¡Ah! Si fuese una *druidesa*
ó siquiera una *vestal!*

¡Si fuese una momia extraña
de aquellas tierras que el *Nilo*
con anchos raudales baña!
Vamos, me tienes en vilo:
tu amor parece patraña.

Mas al fin ya he descubierto
la razón que te ha guiado
con tan asombroso acierto:
dame albricias, que has llegado
de la paz al dulce puerto.

Hallaste por tu ventura
una hechicera beldad
que atesora un alma pura,
y *en pocos años de edad*
muchos siglos de hermosura. (1)

Y la razón aconseja
que el lazo de amor te ciña
á tan brillante *pareja*,
que esconde virtud muy *vieja*
bajo de su faz tan niña.

(1) Frase de Calderón.

Tierno amor, amor profundo
lleno de filosofía,
inalterable y fecundo,
que llenar promete un día
de *anticuarios* todo el mundo.

Serán sábios los varones,
pero nacerán con *canas*,
mostrando sus aficiones,
y harán mil *disertaciones*
cuando tengan dos semanas.

Animosos y robustos,
fuertes, formales y feos
serán los niños *vetustos*
del siglo de los *Augustos*,
como *marciales trofeos*.

Pero las hembras serán
como el éter puro hermosas,
y aun al sol eclipsarán,
que á su madre si son rosas
y lirios retratarán.

¡Y vos, Lola, que desvelos
causais en *Roma* y en *Grecia*,
porque bien saben los cielos
que ya de vos tiene celos
Aspasia, *Safo*... y *Lucrecia*!

Mas no dejo de pensar
en lo vivo y sorprendente
que será vuestro ajuar
si vos quereis agradar
al filósofo eminente.

En él es ropa de pega
nuestro *frac*, que sólo en boga
puede hallar su mente ciega
la antigua *clámide griega*,
la vieja *romana* boga.

Y pagará el anticuario
en las tiendas de comercio,
aunque exijan lo contrario,
con el *as*, con el *denario*,
el *óbolo* y *el sextercio*.

Guardará tal vez el vino
en *ánforas* verdaderas,
invitándoos tierno y fino
á beber en sus *pateras*
de buen barro *saguntino*.

Siempre os tendrán en un tris
sus *arqueológicas* pruebas,
y viajareis vis á vis,
no hacia *Londres* y *París*,
sino hacia *Memfhis* y *Tebas*.

Y sepulcros visitando,
ireis siempre los dos juntos
inscripciones descifrando,
con frecuencia remedando
la procesión de difuntos.

A LA SEÑORA

D.ª Rafaela Diaz de Morales, de Ramirez

DE ARELLANO

A LA SEÑORA

D.ª Rafaela Diaz de Morales, de Ramirez

DE ARELLANO

Quisiera yo, señora,
un cuadro bosquejar, y que las flores
me diesen y la aurora
sus tintas y sus mágicos colores
para pintar las célicas dulzuras
que ofrece la familia, nudo santo
que doma las pasiones
y al alma brinda su divino encanto.

¡Cuán hermoso, señora, cuán hermoso
es para la mujer pasar la vida
al lado siempre de su tierno esposo,
que del poder le cubre con la ejida!
Y en cambio sus dolores más acerbos
ante la fiel esposa ve trocarse
en dichas y en dulzuras sus enojos

á la menor sonrisa de sus labios,
á la menor mirada de sus ojos.

¡Qué placer estrechar á los queridos
hijos entre los brazos
y en ellos ver pedazos desprendidos
del corazón, que férvidos latidos
lanza de amor haciéndose pedazos!

Y colmar de caricias
esos seres radiantes de inocencia,
y ver entre purísimas delicias
multiplicarse en ellos la existencia.

Y despertar al son de sus vajidos,
más dulces que el trinar de ruiseñores,
y ver en sus mejillas
la imagen de la aurora y de sus flores.

Y luego á la vejez verse cercado
de ángeles tutelares
que al padre velan, cuidan y defienden,
como si fuesen los antiguos lares.

Yo, señora, querría
encontrar esas tintas seductoras
conque quizás al cuadro prestaría
su verdad y su célica belleza;
mas ¿qué importa? en el pecho de una madre
estará lo que falta en mi cabeza.

A SS. MM. y AA. RR.

A S. S. M. y A. R.

1862

¿Qué placenteros vivas
resuenan sin cesar, extremeciendo
la bóveda eternal? ¿Qué tronadores
gritos circulan por doquier de amores.
al alcázar del sol raudos subiendo?
¿Por qué este pueblo, como mar potente,
deshecho en bravas olas se levanta
y en redoblado aplauso, reverente
hace estallar su pecho y su garganta?

Es que Isabel, la sin igual señora,
justa, clemente, generosa y bella,
la del sólio español fúlgida aurora
y la del mundo rutilante estrella,
nuestra Reina y augusta protectora,
graba en el suelo cordobés su huella,

y el pueblo alborozado,
de inmenso gozo y entusiasmo lleno,
de vivo amor el corazón hinchado,
abre paso al volcán que arde en su seno.

Sí, acude, pueblo fiel; ve presuroso:
los encendidos aires ensordece:
alza tu voz al cielo fulgoroso
y tus altas murallas extremece.
El manto de las nubes
rasga con los relámpagos radiantes
que tu mano forjó. Tus altas torres
que en velo azul envuélvense jigantes,
desaten esas lenguas que vibrantes
hablan en ronco son á los querubes:
y hasta el Bétis que en lánguida corriente
los bellos campos cordobeses baña,
alce llena de luz la hundosa frente
y salude á Isabel, Reina de España.

Sí, celestial señora:
tú, que ocupas el trono de dos mundos
dándole brillo con gloriosos hechos.
recibe los profundos
afectos que rebosan nuestros pechos
que de lealtad blasonan;
una sola dulcísima mirada
de esos tus bellos ojos ambicionan;
por ella combatieran,
su sangre en mil torrentes derramando.
El mismo sol bajo tus pies pusieran,
tu nombre en las batallas invocando
y el santo nombre del Tercer Fernando.

Córdoba, la ciudad de noble historia,
la que á los rayos de morisca luna
en la noche fatal de los errores
dió clara luz cual fulgorosa estrella,
y luego del olvido
en el innoble seno reposaba
y sus marchitos lauros seductores
con lágrimas tristísimas regaba,
ya recobra su expléndida fortuna
y su corona deslumbrante y bella;
hoy amanece al sol de tus amores,
hoy la despierta el brillo de tu gloria,
hoy que goza, Isabel, de tus favores,
hoy ha logrado su mayor victoria.

Mas qué... ¿Córdoba sola
gozó de tus bondades, Reina augusta?
¿Fué sola en adorarte
esta hermosa ciudad, y en contemplarte
noble, clemente, generosa y justa?
No; de Pirene altivo,
desde la enhiesta cumbre de esmeralda
que en la bóveda azul tíbia se pierde,
á la ciudad Hercúlea que en la falda
buye del mar, y en el regazo verde
de Anfitrite amorosa
busca de las ondinas el arrullo,
siempre oirás invocar con noble orgullo
tu ilustre nombre, Reina poderosa,
y alabarán tu bienhechora mano
y la hoguera de amor que arde en tu seno,
con sus salvajes himnos el Occeano
y con dulce canción el mar Tirreno.

Desde que absorta España
de tus pupilas vió la luz primera,
de dulce libertad y de ventura
miró brillar la deliciosa era.
La tempestad bramó con fiera saña
de indómitas pasiones;
Marte agitó su formidable brazo
y unió torpes legiones
de ponderosos fierros con el lazo.
Sonaron por doquier gritos de guerra;
el tronar de los hórridos cañones
extremeció la tierra;
mas ¿qué pudo el violento fanatismo
si al pronunciar el español tu nombre
brotó en su corazón el heroismo,
y recordando su inmortal renombre
domar supo los mónstruos del abismo?

Después bajo la ejida
de tu cetro á la par blando y potente,
deslizóse la vida
de España, cual las aguas de escondida
bajo dosel de flores limpia fuente.
Las artes comenzaron
á levantar triunfantes su alto vuelo;
con tu aliento purísimo se hincharon
sus alas, y á tu soplo se elevaron
bellos y libres á tocar el cielo.

¡Cuántos bellos prodigios
obró tu cetro, con su dulce alhago
fecundado la nada en solo un punto,
como la vara de asombroso mago!

Rápido el pensamiento
vió dilatarse su brillante vía;
nació la ciencia, se escapó el talento
de la estrecha prisión que antes tenía.
La celestial Poesía
descendió del edén entre fulgores,
y con la bella luz de su mirada
vistió la tierra de galanas flores,
y la materia por doquier domada
ante el hombre depuso sus furores,
siendo en las manos de tan noble artista
lo que en alas del viento leve arista.

Sí, que tú fuistes en la España hermosa
de progreso feliz la aurora bella.
Al despuntar su expléndida mañana
envuelta en oro y grana,
eres la blanca matutina estrella,
la perla en sus tesoros más preciosa,
y al florecer Abril la mejor rosa
que en sus pensiles mágicos descuella.

Adormido en el dulce paraiso
de paz, dichas y encanto
que en mi querida España sonreía
á la divina sombra de tu manto,
el valiente español ledo vivía;
pero de pronto el incansable infierno
dejó estallar su cólera bastarda
y derramó torrentes del eterno
tósigo horrible que en su seno guarda.

Probar sus fuerzas quiso
con los hijos del Cid y de Pelayo,

con tu ejército fiel incauto el moro,
y de la guerra el furibundo rayo
atrevido lanzó; tal vez creía
del español soldado valeroso
que en sus viriles miembros el reposo
era molicie que humillar podría;
mas rebramó el león, dejó sus lares,
y al nombre de su Dios y su Señora
venció los vientos, domeñó los mares
y hundió en el polvo la arrogancia mora.

De Tetuán en alto minarete
flotando al viento tu bandera estuvo,
y helado de estupor el Guadalete
su carrera á la mar triste detuvo.
Los inmortales héroes españoles
en sus tumbas saltaron de alegría.
Los ángeles cubrieron de arreboles,
de aromas y armonía,
el cielo puro de la patria mía;
y su velo eternal de opacas brumas
rompió el mar en el golfo de Lepanto,
abrió su boca envuelta en mil espumas
y repitió de Herrera el hondo canto.

¡Granada! .. ¡Tetuán!... de vuestros muros
iris hermoso de venturas prende
que la España y el Africa abrazando
sobre el soberbio Piélago se extiende
y de Iberia los lauros eslabona.
En la torre de Alhambra que elevando
su frente á Dios de estrellas se corona,
la ilustre sombra de Isabel Primera,

con faz que en gozo celestial se inunda,
manda dulce saludo á la bandera
que de Tetuán en la muralla funda
la eterna gloria de Isabel Segunda.

Mas luego la clemencia,
que en tí tiene, Isabel, su noble asiento,
templando la violencia
con que acibara Marte la existencia,
puso al triunfo bellísimo ornamento,
y dió brillo á tu nombre y esperanza
de paz al pueblo, y al infierno envidia,
y burló las infames asechanzas
de la odiosa ambición y la perfidia.

¿Mas sólo los guerreros altos triunfos
enaltecen tu nombre soberano?
¡No!... ¿Quién, si tus grandezas
quiere cantar en éxtasis profundo
podrá dar al olvido
tu ardiente caridad, que siempre ha sido
honor de España, admiración del mundo?
El huérfano que llora
en triste desconsuelo,
abierto encuentra el cielo
en tu piadoso pecho, que atesora
virtudes mil; tu generosa mano
las lágrimas enjuga que crueles
bañan la faz rugosa del anciano,
y esas lágrimas puras
perlas serán de brillantez suprema
que en la eterna mansión de las venturas
darán regio explendor á tu diadema.

Sí, Reina poderosa,
tú eres de España el celestial escudo.
Defiéndela por siempre del encono
de las extrañas eras
y crezcan so las gradas de tu trono
la dicha y la abundancia.
El ángel de la paz sus alas tiende
sobre tí, y á su lado cual hermano,
enlazando con él la ardiente mano,
el génio de la gloria
en los azules aires se suspende,
coronado del sol de la victoria.

Y ese príncipe hermoso
que amante ciñes con estrecho abrazo,
es la flor pura, la esperanza bella
del porvenir, de amor el dulce lazo
y el astro que en Oriente luz destella.
Dale tus elevados pensamientos,
enciende en él el fuego de tu alma,
infúndele tus nobles sentimientos,
tus generosas célicas pasiones,
y España luego en deleitosa calma
logrará de entre todas las naciones
en virtud y en poder la excelsa palma.

Adios, gloriosa Reina,
de España fuerte escudo.
Las sombras de los sabios cordobeses
que en el sepulcro yacen,
entusiastas te mandan su saludo
y sus cenizas mueve aura de gozo
al ver el ángel que alentó el ingenio.

Mira de aqueste pueblo antes dormido
el mágico alborozo.
Ha despertado al rayo de tu génio
con el pecho por tí de amor herido.
Con peregrinas flores
á recibirte sale placentera
su bella juventud, que por mostrarte
cuánto anhela obsequiarte
resucitar logró la Primavera.
Pasa bajo esos arcos
que en iris trueca tu encantada lumbre
y mira en vivos rayos encendida
por la mano del hombre la alta cumbre
para anunciar al cielo tu venida.

Adios; mi verso humilde
acoje con bondad. Leve es la obra,
mas por su solo objeto digna y alta.
Si fuego inspirador á mí me falta,
grandeza y magestad á tí te sobra;
no tengo yo del inmortal Homero
el inflamado aliento sobrehumano
con que asombrando al universo entero
alzaba el canto al cielo soberano;
pero en lealtad y amor soy el primero,
y en tanto que respire el puro ambiente
que en aromas y luz mi rostro baña,
será mi eterno grito en son potente
¡¡¡viva siempre Isabel, Reina de España!!!

En el Album

Del Excmo. Sr. D. Angel Saavedra

Duque de Rivas

En el Álbum

Del Excmo. Sr. D. Angel Saavedra

Duque de Rivas

Admirable cantor: si de tu gloria
mirar puedo la imagen refulgente
que en el extenso campo de la historia
abre á tu nombre alcázar esplendente;

si al pie del trono en que á la eterna cumbre
te elevas, entre mágicos fulgores,
quizás nublando tu divina lumbre
puede mi pobre musa verter flores,

deja que lleno de entusiasmo ardiente
y extasiado de célica alegría
salude al génio excelso y eminente,
lumbrera eterna de la patria mía.

De mi vida feliz cuando la aurora
de nítidos reflejos se adornaba

y con su blando aliento, seductora
en perlas y en aromas me bañaba.

tu génio fué mi sol... el que radiante
despertara mi númen adormido,
y el tierno niño en brazos del gigante
tocó los cielos, del placer henchido.

Nuevo vigor sentí, nueva existencia,
y un alma nueva me infundió tu aliento,
y del génio bebí la ignota ciencia
envuelta en tu divino sentimiento.

Ví alzarse de la helada sepultura
los grandes héroes que mi patria honraron,
que al almo soplo de tu boca pura
nuevos lauros y triunfos alcanzaron.

De enamorados tiernos trovadores
la cántiga escuché sonora y bella,
y en el pecho sentí de sus amores
la celestial vivísima centella.

Espectros y fantasmas pavorosos
ví volar á tu mágico conjuro,
y descender los ángeles hermosos
bañando en aurea luz el viento puro.

Me hirió del hondo mar ronco el mugido,
del cañón el estrépito potente,
del huracán horrísono el silbido
y el rápido murmullo del torrente.

En alas de tu génio soberano
las edades crucé con raudo vuelo.

del corazón profundicé el arcano,
bajé al abismo, remontéme al cielo.

Conocí los misterios del destino,
sus decretos de muerte irrevocables,
y entre el revuelto humano torbellino
del Creador los designios adorables.

. . . . . .

Adios, vate inmortal. ¡Cuántos laureles
luchan por presidir en tu corona!
¡En tí, do el arte del glorioso Apeles
con el génio de Homero se eslabona!

¡Quién las gigantes alas peregrinas
tuviera con que rasgas el espacio
y con el astro de oro te avecinas
y entras del génio en eternal palacio!

Adios, vate inmortal, sol esplendente.
Me reclama la nada, á tí la historia;
mas no... que aquí mi nombre eternamente
nube será del cielo de tu gloria.

A S. M. el Rey D. Alfonso XII

A S. M. el Rey D. Alfonso XII.

SONETO

No en vano la gallarda primavera
hoy se adereza con brillantes flores
en el hermoso edén de los amores,
que inmensa dicha á los muslines diera.

Si de espléndidas galas tu carrera
van cubriendo tus fieles servidores,
también borda de nítidos fulgores
su manto azul de cristalina esfera.

En dulce unión y en íntima alianza,
la humilde tierra y la suprema altura
luengos años te ofrecen de bonanza.

Que si libras de España la ventura,
prestando firme apoyo á su esperanza,
en tí su amor por siempre se asegura.

A los Señores

D. Juan Tejón y D.ª Victoria Baquera

En el natalicio de su hija Aurora

A LOS SEÑORES

D. Juan Tejón y D.ª Victoria Baquera

En el natalicio de su hija Aurora

Un ángel, de Dios querido,
á vuestra puerta ha llamado,
que de inocencia vestido,
es hoy tan bién recibido
como ayer era esperado.

Benigno os manda el Señor
en esa niña inocente
un divino embajador
para aumentar el amor
que hoy el pecho de ambos siente.

Terminen ya vuestras penas,
y calmado el vivo anhelo,
ved, con miradas serenas,
que alienta un ángel del cielo
con sangre de vuestras venas.

A la Memoria

Del Excmo. Sr. D. Ignacio García Lovera

Á la memoria

Del Excmo. Sr. D. Ignacio García Lovera

SONETO

Ola del mar cuando á agitarse empieza
es el hombre, que nace entre dolores,
crece, y luego con mágicos fulgores
retrata de los cielos la grandeza.

Mas es vana ilusión su noble alteza,
y de su alcázar las mentidas flores
se ocultan de la tumba los horrores,
do habrá de hundir al cabo su cabeza.

Con génio insigne y vigoroso aliento
tu mente en vuelo rápido elevaste
á la clara región del firmamento.

A Cicerón y Homero recordaste,
y hoy ¿qué queda de tí? Sólo un lamento
que á tu renombre y gloria hace contraste.

A la memoria del distinguido literato

D. FAUSTO GARCÌA LOVERA

Á la memoria del distinguido literato

D. FAUSTO GARCÌA LOVERA

Soneto

Nace el sol, y su disco refulgente
con raudales de luz al mundo envía
nuevo vigor, belleza y alegría,
que irradia de los hombres en la frente.

Pero roba la nube de repente
su manto de oro sobre azul al día
y rasga el velo de la niebla fría
con hórrido fragor el rayo ardiente.

Como el sol es el alma que se encumbra
hasta el cielo inmortal, en donde ostenta
la ciencia, antorcha con que el orbe alumbra,

El sepulcro es la nube de tormenta;
mas será momentánea su penumbra,
que en trono eterno la virtud se ostenta.

En el Album de una Poetisa

EN EL ÀLBUM DE UNA POETISA

La Poesía

Entre fúlgidas nubes mecida
de brillante divino arrebol
y de flores y estrellas vestida
va volando en el disco del sol.

Los hermosos dorados ensueños
van bebiendo su lumbre gentil,
y los puros amores risueños
entonándola cánticos mil.

Ilusiones espléndidas vierte
al reir de su mágica faz,
y las fieras pasiones convierte
en sencillas palomas de paz.

Ya desciende del nítido cielo
la radiante gloriosa visión;

vedla, pues, abatiendo su vuelo
de la tierra tocar la mansión.

¡Salve, salve! repiten en coros
las esferas del éter azul,
y se pierden los himnos sonoros
entre aromas y rayos de luz.

Ya los mórbidos brazos estiende
á sus hijos la hermosa deidad,
y en el pecho las llamas enciende
del amor y la dulce amistad.

De sus labios la vida derrama
más allá del medroso ataud,
y á su vívido soplo se inflama,
se enardece la santa virtud.

Es el ángel de paz y consuelo
que derrama la copa del bien,
que la puerta nos abre del cielo,
que en el mundo bosqueja un edén.

Es la luz que bellísima dora
los contornos del mundo ideal,
es la pura fantástica aurora
de la eterna región inmortal.

Y el audaz pensamiento matiza
y de célicos tipos en pos,
el amor terrenal diviniza
elevando las almas á Dios...

. . . . . .

Vuela, vuela, señora, en las alas

de la bella divina visión,
ostentando las nítidas galas
de la etérea dorada región.

Sube ya, sube ya voladora
al sublime radiante zenit,
tú que pulsas el arpa sonora
de los áureos querubes aquí.

Sigue, sigue las perlas buscando
del empíreo dulcísimo mar
y sus ondas azules rizando
con suave armonioso cantar,

Que esas perlas que buscas ansiosa
y que pules con ansia también,
tu esplendente guirlanda gloriosa
formarán enredor de tu sien.

Al Niño Rey

Al niño Rey

SONETO

Joven Alfonso: el libro de la Historia
tus altos hechos cantará mañana,
colocando en tu frente soberana
el espléndido signo de la gloria;
tu ilustre nombre, la primer victoria
es que consigues en edad temprana
el hermoso laurel que te engalana
y ofrece siglos mil á tu memoria.
Sabio monarca de inmortal grandeza
vida te dió, dejándote en los brazos
de un ángel de bondades y belleza;
por eso habrás de unir con dulces lazos
la luz del genio, del valor la alteza
y la virtud que aspiras entre abrazos.

EL EJÉRCITO PACIFICADOR

El Ejército Pacificador

SONETO

De cruda guerra entre el marcial estruendo,
inflamada á los rayos de Belona,
gana el héroe su olímpica corona,
la altiva frente con soberbia irguiendo.

Pero la dulce Paz enalteciendo
esos timbres que Marte le abandona,
su alta prez á las ciencias eslabona,
la oliva con el lauro entretegiendo.

¡Eterna gloria á la deidad sublime
que en su esplendor magnífico levanta
á celestial altura el génio humano!

Los doloridos ayes del que gime
himno ya son del que gozoso canta.
¡Tanto puede su influjo soberano!

ÍNDICE

	Páginas
Al canal de Suez.—Oda.	1
Al Gran Capitán.—Oda.	13
A una joven religiosa en el día de su profesión.	23
En el álbun de las Srtas. D.ª María Teresa y D.ª Asunción Ziriza.	29
A la Srta. D.ª M.ª del Amparo Jiménez Rivero, después de haberla oido cantar. .	37
En el álbum de un artista.	45
A S. A. el Príncipe de Asturias D. Alfonso de Borbón.	51
En el álbum de las Srtas. D.ª Cristina y D.ª M.ª de la Encarnación Díaz Bolla. .	63
Romance.	69
A la Paz.	75
El invierno de máscara.	79
El camino de la Arrizafa.	83
El pavo y el ruiseñor.—Fábula.	89
La música y la poesía.	93
Poesía leída en el acto de adjudicación de premios á los niños y niñas que los merecieron en el Certamen llevado á cabo	

por la Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba, en 6 de Junio de 1884. 97
El poeta.—Al que lo es en grado eminente, mi querido amigo el Sr. D. Antonio Fernández Grilo. 101
Dichosos y desdichados. 107
Las doce de la noche.—Poema. 113
Un recuerdo. 121
Dos viajeros. 127
Un cuento inverosímil. 131
Las dos novias.—Poema de actualidad. . 137
El rosario del amor.—A la Srta. D.ª María del Rosario González Molada y Jover. . 143
Carlos V.—Poema. 147
A D. Pedro Calderón.—Romance. . . . 173
A un anticuario con motivo de su casamiento. 179
A la Sra. D.ª Rafaela Díaz de Morales, de Ramírez de Arellano. 185
A SS. MM. y AA. RR.—1862. 189
En el álbum del Excmo. Sr. D. Angel Saavedra. 201
A S. M. el Rey D. Alfonso XII. 207
A los Sres. D. Juan Tejón y D.ª Victoria Baquera. 211
A la memoria del Excmo. Sr. D. Ignacio García Lovera. 215
A la memoria del distinguido literato don Fausto García Lovera. 219
En el álbum de una poetisa. 223
Al niño Rey. 229
El ejército pacificador. 233